

— Ah, y si usted hubiera oído la música!...
 — La oíré Dios y usted mediante. ¡De Chapí! Yo soy admirador de Chapí. Un músico con idea, que sabe más que algunos de esos que todo lo echan en instrumentación y que compite, además, en lo que á los motivos inspirados se refiere, con los dioses mayores del arte español. Ya me figuro, ya, que el maestro habrá sacado las del costal y oiremos cosas, y no esas latas rimbombantes que producen tempestades de aplausos en ciertas circunstancias.

— Pues si usted conociera la *mise en scene*...
 — Basta, querido. Las luces de la batería se han iluminado. El maestro Chapí agita la batuta. Después continuaremos la conversación y le diré á usted mi parecer; pero ya sabe: nada de crítica, ni de caracteres bien sostenidos, ni de diálogo esmaltado de pensamientos, etcétera, etc... ¡Ah! y menos de ese vocabulario que emplean los críticos musicales del género soporífero. No estoy de humor para bajar tecnicismos á ojo de buen gacettillero... Adiós, hasta luego... Silencio... Preludia la orquesta.

**

Magnífica sinfonía. Resuenan aplausos; los primeros de la noche. Después aparece el batallón de París, que encuentra los niños, los que han de ser protagonistas de la obra. Comienza á despertarse el interés en el auditorio. Aparecen luego dos conspiradores vendeanos y Lantenac. Terceto hermoso, inspiradísimo, genial. La mejor pieza de la obra. El somatén de los realistas está descrito de un modo admirable. La ovación es de las de primer orden. Continúa su desarrollo el melodrama; republicanos y realistas luchan; los niños, colocados bajo el amparo de los soldados de la República, son cogidos por los soldados del Rey. Estos pelean con brío; animanse con la esperanza de la victoria, y sus cánticos de triunfo apagan las voces de compasión que da una madre, la madre de aquellos niños, rehenes de unos odios políticos contra otros.

Este primer acto produce gran impresión. Poeta y músico salen á escena varias veces y son muy aplaudidos, lo mismo que las señoras Corona y Fabra y los Sres. Casañas, Soler, González y Gamero.

**

Acto segundo. Las primeras escenas, dedicadas á describir la impaciencia de los republicanos ansiosos de escalar la guarida de los realistas, son oídas con gusto. El número donde se describe el fragor del combate es acogido con aplausos. La escena en que la madre desolada pide que le devuelvan sus hijos, es grandiosa. Avelina Corona obtiene un gran triunfo al interpretar la hermosa página musical del maestro Chapí. El último cuadro de este acto produce gran efecto; es, en verdad, muy escénico. Al concluir vuelven á salir á escena autores, actores y pintores. Bussato y Amalio han trazado unas decoraciones muy bonitas. El juicio del público es resueltamente favorable á la obra. Se

echa de menos el elemento cómico, muy propio de la zarzuela, y se lamenta que el público español no sienta bien, para compenetrarse de sus incidentes, las luchas civiles, de Francia que sirven de base al melodrama.

**

Acto tercero. Un número musical inspiradísimo; aquel en que los niños todos se reúnen y defilan, prescindiendo de los odios que separan á los grandes, y simbolizando el porvenir de su patria. Después una escena recitada, muy conmovedora, la del juicio. Más tarde una romanza de tenor, donde Casañas no logra, como otras veces, entusiasmar; luego un dúo soberbio, pieza musical de grandes vuelos, que se oirá siempre con entusiasmo. Por último, el desenlace trágico, algo sombrío.

Concluye la obra. Las ovaciones se repiten. Desfila el público y yo hago punto, diciendo en pocas palabras lo siguiente:

Los hijos del batallón es una zarzuela bien hecha, interesante y cuyo defecto principal consiste en que carece del claro oscuro propio del género. La música es de verdadera importancia; música de altura, como se suele decir de los Gobiernos formados por hombres notables. El maestro Chapí ha escrito algunos números que consolidan su indiscutible y merecida fama.

La ejecución, en general, aceptable. Muy bien las señoras Corona y Fabra y los Sres. González, Gamero y Soler. El tenor Casañas flaqueó algo en el tercer acto.

La dirección escénica esmeradísima y el modo de presentar la obra digno de los mayores aplausos. El espectáculo, en suma, muy propio para que la empresa de Parish siga convirtiendo el circo de la plaza del Rey en mina productiva.

Y hago punto final, porque la pluma corre sin querer y voy a resultar lato, como los críticos de veras, los serios, los que se suben en el tripode y disertan y aburren.

Juan Palomo.

El Liberal

TEATRO DE PARISH

«Los hijos del batallón»

La zarzuela melodramática *Los hijos del batallón*, estrenada anoche, es, sin duda, una obra de verdadera importancia artística.

El autor del libro se ha limitado a adaptar a la escena la parte más conmovedora y teatral de la hermosa novela de Victor Hugo *Quatre-vingt-treize*, con el único propósito de ofrecer al compositor ancho campo donde éste pudiera dar holgadamente rienda suelta a las manifestaciones de su fantasía.

La acción está desarrollada con habilidad suma y despojada de todo género de incidentes ajenos al asunto capital que sirve de tema a la obra.

Durante el período del Terror, un batallón de voluntarios republicanos registra el bosque de la Saudraie, en busca del enemigo, y en vez de dar con los realistas a quienes perseguía, se encuentra de manos a boca con una pobre viuda bretona que, acompañada de tres hijos suyos de muy tierna edad, se ha refugiado entre las asperezas de la selva.

El batallón adopta a los tres niños en el momento en que estalla la insurrección realista, capitaneada por el marqués de Lantenac.

Entáblase tremenda lucha entre los dos bandos, y las infelices criaturas quedan en clase de rehenes en poder de las fuerzas rebeldes, acampadas en el antiguo castillo del Aguila.

Va a procederse al asalto, y Gauvain, jefe del batallón republicano, intima la rendición de los sitiados, prometiendo salvar la vida a los prisioneros, menos a Lantenac, a condición de que sean devueltos los tres niños.

Los realistas no aceptan la capitulación en tales términos, y juran que si perecen en la contienda, morirán también los hijos de la bretona, ocultos cuidadosamente en uno de los ángulos de la fortaleza.

Los republicanos, lejos de ceder, dan el asalto y se apoderan del castillo, después de rudo y reñidísimo combate.

Lantenac ha logrado escapar con vida por una puerta secreta de la que él sólo posee la llave, y apenas ha salido al campo esta la el incendio en el ala misma donde se hallan los hijos adoptivos del batallón.

La desolada madre recorre el país en busca de aquellos pedazos de sus entrañas, y al conocer su paradero se dirige presurosa a la fortaleza. En su camino encuentra al fugitivo aristócrata, quien, movido a piedad por las lágrimas de la infortunada bretona, retrocede en su marcha, resuelto a sacrificar su propia vida por salvar la de aquellos tres inocentes niños.

Lantenac realiza su generosa obra, y al grito de ¡viva el rey! cae prisionero, víctima de su noble y heroico rasgo de abnegación.

La música con que Chapí ha embellecido el poema de Fernández Shaw es toda ella admirable y magistral, notable por su belleza melódica y primorosa instrumentación.

El autor insigne de *La tempestad* y de *La bruja* ha dado nueva y elocuente prueba de su inmenso valer como compositor de primer orden, gran conocedor de todos los secretos del arte que tan maravillosamente cultiva.

No es una zarzuela lo que Chapí ha escrito en la presente ocasión, sino una ópera con parte declamada, según lo atestiguan la importancia y el desarrollo de las piezas que constituyen su hermosa partitura.

Todo está en ella perfectamente equilibrado y en su verdadero centro. Los efectos son siempre originalísimos, las sonoridades están entendidas y desenvueltas de una manera incomparable y las ideas se desarrollan con una naturalidad, una sencillez y una claridad por todo extremo asombrosas y excepcionales.

El público hizo justicia al talento portentoso del maestro, a quien colmó de entusiastas aplausos durante toda la representación de la obra.

La introducción, el terceto del primer cuadro, que es un número sorprendente por su inspiración y su factura y que fué repetido tras una tempestad de bravos y palmas, el final del primer acto, el *arioso* de la tiple en el segundo, el prelude, el paso doble infantil, que también fué ejecutado dos veces y el aria de tenor, son fragmentos de mérito sobresaliente y dignos en absoluto del aplauso entusiasta con que fueron acogidos.

El triunfo obtenido anoche por Chapí, es sin disputa uno de los más legítimos que el gran maestro ha alcanzado durante su gloriosa carrera artística.

La señorita Corona interpretó de un modo superior a todo elogio, la parte de la madre bretona, erizada de dificultades, que la artista venció con singular fortuna y muy a satisfacción de cuantos la escuchaban.

La señorita Corona fué estrepitosamente aplaudida y llamada infinidad de veces a la escena.

También la señora Fabra estuvo en extremo acertada en el papel de cantinera que dijo con la maestría y el buen gusto a que nos tiene acostumbrados.

El bajo Valentín González cantó y declamó la parte del marqués de Lantenac con el aplomo y la maestría de un consumado artista, obteniendo en repetidas ocasiones los plácemes de la concurrencia.

García Soler, Querol, Soler y Gamero, estuvieron bien en sus papeles respectivos y fueron también muy celebrados.

El único que no logró agradar al auditorio, fué el tenor Casañas, que anoche estaba, por lo visto, fuera de su centro.

A nosotros no nos gustó, ni como cantante, ni como actor.

El marqués es condenado á muerte; pero consigne de nuevo su libertad, gracias á Gouvain, el jefe de los republicanos, el cual se bate cuerpo á cuerpo con su adversario y tiene la desdicha de perecer en la contienda.

Tal es, en resumen, el asunto del libro escrito por el distinguido literato Sr. Fernández Shaw, ora en correcta y fúida prosa, ora en versos siempre fáciles, armoniosos é inspirados.

Indudablemente, á Casañas no le conviene separarse todavía del departamento de *Marina*, en el que suele estar como el pez en el agua.

Los hijos del batallón han sido puestos en escena con gran lujo de trajes y decoraciones, sin que la empresa haya reparado en ningún género de sacrificios para mostrar el espectáculo con su debida esplendidez y propiedad histórica.

Los autores de la nueva zarzuela fueron llamados con insistencia á la escena á la conclusión de todos los actos, y en ella recibieron las ovaciones ruidosas y entusiasmadas del numeroso público que asistió anoche al estreno celebrado en Parish.

J. Arimón.

El Imparcial

TEATRO DE PARISH

LOS HIJOS DEL BATALLON, melodrama lírico, libro del Sr. Fernández Shaw, música del maestro Chapi

EL LIBRETO

Se trata pura y simplemente de una ópera española, y por lo tanto la importancia de la obra estriba casi exclusivamente en la partitura.

El asunto que ha servido al Sr. Fernández Shaw para componer su melodrama, es un episodio de los más interesantes de la novela de Víctor Hugo *El noventa y tres*. Tres niños, huérfanos de padre, son amparados por uno de los batallones republicanos que pelean con los realistas en la terrible guerra civil de la Vendée. La patética y conmovedora odisea de estos niños, que son hechos prisioneros por los vendeanos que acaudilla el marqués de Lantnac, conservados después como rehenes y salvados últimamente por un impulso abnegado y generoso del noble marqués, constituye la única acción del melodrama.

Tratado este episodio con la habilidad y discreción que todos reconocen en tan culto y simpático literato, como lo es Fernández Shaw, responde cumplidamente al propósito de su autor, que no ha sido otro indudablemente sino el de proporcionar al compositor situaciones de alto interés dramático en que inspirarse.

En tal concepto, es merecedora de sincero elogio la labor del libretista, y por ella obtuvo muchos plácemes nuestro distinguido compañero de *La Epoca*.

LA MÚSICA

¡Yo me lanzo! Sírvame de disculpa, de atenuación siquiera, el hecho de que comienzo á escribir estos renglones aturdido, arrastrado por el éxito colosal, inmenso, con que el público, el verdadero público, el público de la gradería, que tan bien siente lo bello sin explicárselo, ha acogido esta obra musical, portentosa, en la que Ruperto Chapi, nuestro músico, el músico español, ha confirmado plena é indestructiblemente aquella atrevida profecía de Peña y Goñi consignada en su admirable libro *La ópera española y la música dramática en España en el siglo XIX*, publicado hace trece años:

...«La historia de la música española registrará mañana en sus páginas el nombre de Ruperto Chapi como uno de los más gloriosos del siglo actual.»

¡Yo me lanzo! ¿Por qué no? ¿Por qué no decirlo, si estoy profundamente convencido de ello? Si lo estamos todos los que asistimos al desarrollo de esta organización artística privilegiada que, tras de un calvario penoso, sube con pie firme y seguro hasta la fama, hasta la gloria. ¿Por qué escatimar al maestro lo que prodigamos al primer advenedizo extranjero? Ruperto Chapi es un genio.

Desde Mozart acá no se da un ejemplo de fecundia musical tan grande, unida á tan fino ingenio y á tan sólido y profundo saber; cada obra de Chapi inicia un derrotero diferente, y siempre ateniéndose á las situaciones que ha de describir, y como Verdi, autor dramático incomparable, siempre asimilándose los últimos secretos del arte, y adaptándolos al género y á la obra que escriben.

Pasarán los tiempos y en el teatro de la plaza de Oriente, libre nuestro público de preocupaciones y de rutinas y nuestros gobernantes de desconfianzas, producto del desconocimiento—en esto como en tantas otras cosas—de las fuerzas vivas del país, oiremos *Mujer y Reina*, y *La bruja*, y *La tempestad* y *Los hijos del batallón* al lado de otras óperas ó zarzuelas de Caballero, de Bretón, de Emilio Serrano, de Giménez, de Brull y de tantos más que vendrán, y aquel público distraído, indiferente, glacial, que solo se digna atender los momentos en que la tiple ligera dispara todas las bengalas de su canto ó el tenor gime una cavatina, aquel público singular, único, se interesará de igual modo que este otro público que ayer llenaba la Zarzuela y hoy llena Parish, y no tildará de *cursi* la que en nuestra tierra española se ha producido y en nuestro sonoro y musical idioma se canta, y los estrenos de las obras de nuestros maestros revestirán aquel esplendor necesario, sea conocido ó desconocido el autor, que á quien pide un puesto de honor en el combate no se le pregunta quién es ni de dónde viene...

Entonces «habrá ido la ópera á Chapi» en lugar de ir éste, como algunos pretenden, al que es hoy un teatro extranjero, ni más ni menos.

¿Y qué más ópera que *Los hijos del batallón*? ¿Se entiende por ópera la obra musical que no tiene parte hablada? Entonces no es una ópera. ¿Se entiende por zarzuela ú ópera cómica aquella en que cada número musical describe una situación sin antecedente ni consecuente? Entonces tampoco es una zarzuela.

Los hijos del batallón es, á mi entender, la obra más completa, más bella, más personal que ha producido Chapi, y creo con igual sinceridad, y por eso lo digo sin temor de que nadie vea en estas afirmaciones ni el fruto de entusiasmos exagerados ni de parcialidad manifiesta, que es la partitura más inspirada, de más riqueza y novedad en los ritmos, de más vigor y expresión en el elemento instrumental que hemos oído de casa y de fuera de casa en estos tiempos últimos.

El poeta de *Los hijos del batallón* lleva hasta el último extremo del lirismo una situación hablada; allí la coge el músico y la presta nueva vida con una melodía propia del color de la escena y con una instrumentación tierna, poética, suave y delicada unas veces, como aquella del acto segundo en que los niños están jugando, sin advertir el peligro que los cerca, ó vigorosa, nutrida, espléndida, enérgica, digna del nervio wagneriano, como la del final de ese mismo acto, ó como la del concertante del tercero, en el cual, y lo apunto aquí por si lo olvido más tarde, la coda, frase de una melancolía tan punzante que hace daño en el alma, es de lo más hondamente sentido y más bellamente expresado de la obra.

Estas ideas no son una para cada pieza, no; se enlazan, se acarician, riñen batallas como las de la escena; pero son siempre nuevas, siempre artísticas, inspiradas siempre. Ni por un momento se advierte en toda la partitura que el autor de ella ha escrito tanto y tan bueno... No hay un plagio ni de sí mismo.

No voy á desmenuzar la obra. Esto no es una crítica; esto es entonar un *Te Deum laudamus*; pero qué mayor placer que el de poder decirle al público: Hé aquí una partitura notable de nuestra propia cosecha y cuyo autor ya lo quisieran hoy para los días de fiesta hasta en la musical Alemania.

No voy, repito, á desmenuzar la obra; voy á enumerar los números ó piezas de que consta deteniéndome, y no ciertamente lo debido, en aquellas de más soberana belleza y que más evidente y visible efecto produjeron en el público. Consta la partitura de diecisiete números.

El preludeo está compuesto principalmente con el motivo á que más arriba aludía al hablar de la tierna escena de los niños y con el fragoroso y terrible con que se describe la batalla. Es así como cuna mecida entre el fuego que devora la fortaleza en que se defiende Lanténac y los horrores del combate; la melodía desaparece como si la ocultase el humo de la pólvora; el estrépito de la lucha apaga los infantiles ecos de las trompetitas con que los ni-

Al final de todos los actos salieron los autores innumerables veces, siendo el maestro aclamado por sus infinitos admiradores.

La obra ha sido cuidadosamente ensayada y puesta con verdadero lujo y propiedad en trajes y decoraciones.

Estas, con especialidad las debidas á los reputadísimos escenógrafos Busatto y Amalio, son muy hermosas.

EDUARDO MUÑOZ.

102

El Herald

EN PARISH

LOS HIJOS DEL BATALLÓN

No, nada diremos del argumento; puede haber lector que no conozca la novela de Víctor Hugo que contiene el episodio en que está basado el drama lírico de Carlos Fernández Shaw, y disfrutara atendiendo al sucesivo desarrollo de la obra teatral, en la que el argumento es tanto más interesante cuanto con mayor novedad se ofrece. Carlos Fernández Shaw ha escrito poco y bien; con talento de autor dramático ha dispuesto por artística habilidad las escenas, y en lo que ha puesto de su parte para ajustar al teatro el indicado episodio, ha llegado á corresponder honrosamente á la grandeza del pensamiento.

Carlos Fernández Shaw ha querido ofrecer á Chapí un libreto digno de la atención y del trabajo del maestro... y lo ha conseguido.

Ha presentado con maestría el panorama escénico en *Los hijos del batallón*; no sólo hay pasajes literarios, sino situaciones teatrales que corresponden á la poderosa entonación del libro de Víctor Hugo.

Carlos Fernández Shaw no ha olvidado lo que á sí mismo se debe como poeta, ni el profundo respeto que ha de rendirse á los grandes maestros.

—He puesto un hilo telefónico entre dos genios: Víctor Hugo y Chapí—cuentan que con gran modestia decía ayer el joven autor, y para nosotros brillante poeta.

Orgullosos nos podemos sentir los españoles de contar con un compositor tan culto y tan inspirado como Ruperto Chapí. Anoche, según lo esperábamos, las aclamaciones tributadas al maestro prueban felizmente que nuestro público, el público sano, el público que siente y que además no padece la pedantería de ocultar sus impresiones, la masa popular es inteligentísima en música.

Maravilloso consorcio se ofreció ayer entre el pensamiento y música.

No es vano el sonido cuando presta color y vivísima animación á la idea y á la palabra. Además, cuando por este consorcio se revela la originalidad admirable, el descubrimiento de un nuevo preciosísimo filón de riqueza intelectual revelado en un genio, el asombro que produce es grande y nuestro regocijo inmenso, y la ópera *Los hijos del batallón* es de las más hermosas obras musicales dramáticas que se conocen. ¡Y qué peregrina variedad de aspectos, qué alteza trágica y qué idílica sencillez, qué producto tan rico de instrucción, cuánto sabe y cuánto puede el gran talento que ayer gustó mercedísimamente los encantos de una pública glorificación!

«Traga esto», decía la voz de lo alto al gran poeta Ezequiel, y le ofrecía un libro... el titánico poeta había devorado libros y más libros, y aquella enorme nutrición resolvióse después en grandiosa poesía que ha llenado los siglos. Mozart, Beethoven, Wagner, y tras de esto la graciosa y gentil escuela italiana, todo eso ha nutrido á Chapí; pero sobre todo ello, con todo ello, por todo ello, su genio con vida con carácter propio hace la sobria y hermosísima exposición sinfónica, joya preciosa, y traza con soberano talento el incomparable terceto.

El temible, vigorosísimo y áspero shakespeareano compositor de la romanza coreada, hace una de las más pavorosas y tiernas obras, perfila el dibujo semicómico de las canciones de los soldados y el purísimo idilio de los niños.

ños juegan, y por fin resurge alegre y graciosa cuando la muerte, eterna compañera de la guerra, esparce su siniestro silencio. Entonces, y formando contraste habilísimo que imprime poderosa huella, los juguetes de las inocentes criaturas suenan con más vigor, como clarines que saludaran la bendita paz.

Hay en el primer acto una escena llena de frescura y de gracia; me refiero á la en que el batallón adopta los niños; allí en un ritmo de *scherzo* luce, acompañando á una melodía apropiada, todas las filigranas de su bien sentida instrumentación el maestro Chapi. La salida de Gauvain es un trozo de declamación musical trazado con un calor y un brío sólo comparables al de Verdi en la aparición de Otello. El terceto de bajos y barítono es sencillamente una maravilla. A las frases de rebelión y exterminio con que Lantenac excita á los van-

deanos, parece responder en la orquesta el voltear de las campanas tocando á sonatén. Es indescriptible el efecto de esta página admirable, como lo es el del final de este acto, donde Chapi, entre los acentos de un paso guerrero que describe la batalla, hace que se destaquen, con toda su desgarradora belleza, en un mar de luz, irradiado por el coro de hombres y la orquesta, los gritos de angustia infinita con que la madre sin ventura reclama los hijos que le han sido arrebatados.

En el segundo acto, además del final de que ya he hablado, y que es sin disputa uno de los más grandiosos efectos que se conocen en el teatro, sobresale la gran escena de la tiple con el coro de mujeres, poesía delicadísima y suave, rebotante de ternura y de piedad, que produce un encanto indefinible y en la que el espíritu como que reposa de las turbulencias y agitaciones de la guerra sin entrañas.

El coro de niños del acto tercero, paso doble impregnado del ambiente de los juegos infantiles; el concertante, soberbia página de pasión y de talento, en la que un diseño instrumental iniciado con la suavidad de la ola que muere amorosa en la playa, crece y crece terrible y avasallador hasta estallar en sonoridades esplendorosas, y el monólogo del tenor cuyo interés está más bien en la orquesta para que no se borre ni una sílaba de las que por fin arranca á Gauvain el ejemplo de abnegación y de grandeza de su enemigo irreconciliable, son los números no mejores, que todos son igualmente bellos, sino los que más honda impresión y más delirante entusiasmo despertaron anoche y despertarán siempre.

Porque eso sí; esta partitura incomparable, con la que nuestra ópera cómica adquiere nueva sávia que le asegura gloriosa é imperecedera vida, recorrerá triunfalmente España entera y pasará las fronteras para pregonar en todo el mundo que el arte vive en nosotros lozano y vigoroso, como viven—pese á tantas desventuras como nos afligen—el honor immaculado, el valor indomable y todas las virtudes privativas de un gran pueblo.

Defectos de interpretación, que sería ridículo ocultar, y que pensando piadosamente pueden hallar disculpa en la emoción natural de los artistas ante la pesadumbre de una obra de tantas y tan inmensas dificultades, determinaron que algunos números no alcanzasen el efecto que sus méritos hacían prometer.

La partitura es, con efecto, muy superior á las condiciones de la mayoría de los cantantes de zarzuela, y considerándolo así, la crítica debe de ser indulgente y estimular á esos cantantes para que estudien con fe si han de continuar su difícil carrera.

Estas advertencias no rezan con la señorita Corona, que puso toda su alma en el desempeño de su parte, y cantó con afinación exquisita; con la Sra. Fabra, artista de inextinguibles entusiasmos; con el Sr. González (D. Valentín), un buen actor y un excelente cantante; con Gamero y con Miguel Soler, quien como director de escena obró el verdadero milagro de poner esta obra con numeroso y espléndido decorado de Bussato y Amalio, en un escenario tan reducido que apenas si pueden las figuras moverse con relativo desahogo.

Chapi dirigió la orquesta, y desde su sitial tuvo que saludar en muchas ocasiones al público, correspondiendo á los incesantes aplausos de éste.

¡Bien, maestro, maestro! Gracias mil por haber sentido en la mente y en el corazón tan sublime creación y habernos otorgado la merced de hacérsenosla gozar, y por haber dotado a la patria de una primorosa y grandiosa obra de arte. Esa obra española, cuyo estudio hemos seguido respetuosos y asombrados durante los ensayos, será a la sexta audición objeto del entusiasmo de los españoles y pasará la frontera para decir a los franceses que los pensamientos del primer poeta de nuestro siglo han sido revelados en el divino arte de la música por un gran compositor español.

Sucédense en esa obra musical los atractivos de estructura orquestal con profusión y riqueza, y al propio tiempo... parecen, sin quitar a la obra esa unidad característica, que es, sin duda, el mérito sobresaliente y el mérito propio tan solo de las obras del genio.

Cuanto puede decirse en una crónica periodística, quedará expuesto en esta sintética expresión: Chapí ha hecho un prodigio, cuyos elementos principales destacan en un preludio de concierto, verdadera exposición de severo y sencillísimo gusto artístico. Allí está la idea, allí resplandece y desde allí irradia por todo el poema; destacan los elementos del tesoro musical reunido por dicha partitura, en la romanza cantada por la señorita Corona y el coro; en el terceto del primer acto y en las partes, que por su ingenuidad y dulzura conforman el artístico y sorprendente contraste.

Ruperto Chapí ha tenido en cuenta que Víctor Hugo era el poeta de los contrastes. La gracia de la canción de la cantinera contrasta con el dúo final de Lantenac y de Gouvein. Tal era Víctor Hugo; poeta que, como los grandes genios, sabía ofrecer maravillosamente el claro oscuro, el contraste entre los términos más opuestos, armonizándolos con el sorprendente acierto de la inspiración, que es siempre creadora de prodigios.

La Vandée, la guerra de la Vandée, está admirablemente... revelada en la música. Sí, sí, aquella es la guerra; pero la guerra de aquellos tiempos, afanosa lucha y brega personalísimas; el combatiente se abraza al enemigo... cara á cara, garra con garra... los funde el odio en el mismo aliento dejira... rastrean los pies en el vaivén violentísimo de la pelea cuerpo á cuerpo.

¿A qué hemos de revelar lo que hemos pensado y sentido, si el lector, sensible y pensador, habrá de sentir y de pensar mucho y con mayor delicadeza y elevación al oír la música del drama?

Aquellos trágicos tiempos lo eran de las grandes almas que se elevan por la sublimidad de una terrible indignación, implacable y fiera como la de Lantenac, ó de un odio feroz como el de Cirmardin, ó de un noble sacrificio como el de Radul y Gouvein.

El papel de Lantenac ha sido nobilísimamente representado por el notable artista Valentín González. Un caballero representado por otro caballero.

Gamero estuvo á gran altura en el desempeño de su difícilísimo papel, y representó muy bien su cometido en el Consejo de guerra.

Aleazó un verdadero triunfo en su carrera. La simpática y atrayente señora Fabra hizo una animosa cantinera, cantando su canción con suma gracia y conmoviendo como actriz en los momentos dramáticos, que representó con mucho fuego.

Plácemes á los coros y á la orquesta. Plácemes al Sr. Soler, inteligentísimo director de escena.

El Sr. Casañas, que tan bien había estado en los ensayos y tan aplaudido fué en el ensayo general, no estuvo con tanta fortuna anoche. El cansancio ó el terrible *orgasmo*, que es para el cantante lo que el *calambre* para el nadador, produjeron dicho efecto. Pero esperamos que en noches sucesivas probará que entiende y ha estudiado la obra.

Querol estuvo bien, como siempre. Soler, como actor dramático, digno de elogio en la escena de la torre.

Dejamos para última referencia á la señorita Corona, que anoche mostró ser una gran actriz de tragedia y una cantatriz dramática. ¡Qué más se puede decir, pues es rigurosamente justo!

La obra puesta con lujo, con fidelísima indumentaria.

El decorado hermoso, obra de los Sres. Amalio y Busato.

La primera decoración de selva gustó mucho; es obra de Adolfo Herrera... el cual tuvo la modestia de no penetrarse en escena, ni cuando le aplaudieron por su obra, ni cuando después fueron llamados todos los artistas al final de la representación.—Z.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

TEATRO DE PARISH

«Los hijos del batallón.»

Melodrama lírico en tres actos, libro de D. Carlos Fernández Shaw, música del maestro Chapí.

Empezaré por el final.

La obra estrenada anoche fué un éxito de los grandes, de los que no dejan lugar á duda; un éxito completo y por partida doble. A veces aplandía entusiasmado el público de los estrenos, el que llenaba la sala, y á esas palmadas hacía coro el público de la galería; otras, iniciaba éste el aplauso y respondía el de las butacas; casi siempre se fundían ambos para premiar con sus palmadas la labor de los autores.

No llegó á proclamarse el nombre de éstos, porque desde que terminó el primer acto tuvieron que presentarse en el palco escénico, arrastrados por los actores, y porque todo el mundo sabía quiénes eran, no sólo por haberlo dicho y anunciado los periódicos, sino porque el libro revelaba á un literato de los bríos y del talento de Fernández Shaw, y la música no podía ser más que de uno, de Ruperto Chapí, el maestro inagotable é indiscutible, cuya enorme producción artística será siempre raro ejemplo de fecundidad y maestría.

Fernández Shaw y Chapí emprendieron juntos hace dos años la composición de una zarzuela en tres actos —*Margarita la tornera*— con destino al teatro de Jovellanos. Tronó la compañía que debía estrenarla y la obra quedó archivada hasta que lucieran mejores días para el llamado género grande.

Pero, andando el tiempo, resultó que, felizmente, la zarzuela no había muerto; que había mucho público deseoso de admirar y aplaudir nuestro género propio, nuestra *ópera nacional*. Se abrió el circo de Parish, al que todos vaticinaban un fracaso; la gente se agolpó á las puertas del teatro; pagó las localidades doble de lo que valían, disputándose una butaca ó una entrada general con el mismo empeño que si se tratara de localidades para oír á Gayarre ó á la Patti, y un público nuevo, sano, se declaró campeón decidido de nuestras obras musicales, dando á ganar á la empresa miles de duros en pocos días y disipando las sombras que envolvían el porvenir de la zarzuela.

En seguida se pensó en estrenar, pero estrenar ¿qué? Era preciso buscar algo que gustara al paladar del público de Parish, algo gordo, un dramón que interesara y conmoviera á la galería, exento en absoluto de esos chistes *fin de siècle*, tan de moda en otros teatros. Fernández Shaw se encargó de la letra, Chapí de la música, y salió... un libro muy hermoso y una música muy seria y muy digna de estudio: un aspecto nuevo de Chapí: un Chapí dramático, que nadie conocía.

Fernández Shaw trabajó para la galería; pero como él es poeta de verdad y es artista de corazón, puso en la confección del libro su arte y su alma. Chapí vió eso, no se acordó ya del público, y ha hecho una música tan hermosa y tan grande, que no digo yo el público que asiste á Parish, el que va al Teatro Real, podrá difícilmente apreciarla en todo su valor.

En el libro—¡cosa rara!—no hay ni el traidor de rigor en los melodramas, ni amores contrariados ni sin contrariar. Todo él se reduce á un episodio del célebre *Noventa y tres* de Víctor Hugo, servido en forma dramática y con las condiciones que exige la escena.

En el periodo del Terror, los voluntarios republicanos andan siempre á caza de los realistas, capitaneados por el marqués de Lantenac. En una de sus excursiones encuentran á una pobre viuda con tres hijos, medio muertos de hambre, y el batallón de voluntarios los adopta y los considera, desde entonces, como á su querida y sagrada bandera.

Sorprenden los realistas á los voluntarios republicanos, los derrotan, se apoderan de los niños, y con ellos se refugian en la torre del Aguila, el castillo de Lantenac, donde sitiados y agotados sus provisiones, piden que los dejen salir, con todos los honores de la guerra, entregando en cambio á los infantiles prisioneros; pero Ganvain, el jefe de los republicanos, que odia á muerte á Lantenac, impone la condición de que se entregue á éste. Los sitiados se oponen; los sitiadores se lanzan al asalto, y viendo los de adentro que toda lucha es imposible, prenden fuego al castillo, salvándose por una puerta secreta.

104

El marqués de Lantenac va el último, oye que en la torre han quedado encerrados los niños, y despreciando su vida, vuelve atrás, y por salvarlos entrega su persona á sus mortales enemigos.

El consejo de guerra le condena á muerte, no sin la protesta de uno de sus individuos. Ganvain reconoce que un hombre que así se entrega por salvar la vida de tres infelices niños, no merece la pena que se le ha impuesto; quiere salvarlo; pero su odio feroz, implacable hacia Lantenac, no se lo permite. Por fin encuentra medio de conciliarlo todo, introduciéndose en la prisión, mostrando á Lantenac una puerta secreta por donde podrá huir, y batiéndose con él á muerte. Lantenac mata á Ganvain, y huye.

Tal es á grandes rasgos el asunto de *Los hijos del batallón*.

Chapí nos tiene acostumbrados á muchas sorpresas; pero la de anoche ha pasado de la raya.

Para la sorpresa habitual ya iba prevenido; ya me figuraba que en la nueva obra habría un número ó un par de ellos, de esos que llevan la *marca Chapí*, de esos números deliciosos, elegantes, sin precedente alguno ni en la factura ni en el color, números que pueden presentarse como acabado modelo de originalidad, de inspiración, de maestría y de frescura juvenil.

Chapí debe de tener un arca llena de esas preciosidades, porque para cada obra que estrena (y cuidado si estrena obras!) saca un par de joyas y las engarza primorosamente en una partitura de oro de ley.

Pero aún le quedaba algo por descubrir. La cualidad característica de su estilo era hasta ahora la elegancia, la finura, la falta de vulgaridad; de aplicar algún calificativo á la música de Chapí, habría que llamarla *deliciosa, encantadora*.

Las situaciones dramáticas que hasta ahora había tratado, las había tratado así. Salvo un coro, el que comienza el tercer acto de *Mujer y Reina*, donde se esbozaba cierta grandiosidad dramática, en lo demás Chapí se había dejado arrastrar por su temperamento, más á propósito para ver el lado deliciosamente poético en los sentimientos particulares de los personajes que la grandeza sublime de la situación.

En *Los hijos del batallón* ha surgido un Chapí nuevo, con un estilo profundamente pasional y vigoroso, con la fuerza del que siente hondo y con grandeza, y presenta al público su pensamiento, lo exterioriza tal como su espíritu lo ha concebido, con un empuje y una grandiosidad verdaderamente wagnerianos.

La música de Chapí ofrece, además, otro aspecto. Como él trabaja tanto, estudia tanto y vale tanto, su producción, esa música que parece estar hecha de burlas y á la ligera, es una fuente, un modelo donde hay mucho que estudiar y mucho que aprender.

Motivos y números enteros hay en la obra estrenada anoche que muy alto lo podrían proclamar: el tema de los niños, digno de un análisis á lo Kufferath; el célebre terceto, donde no se sabe qué admirar más, si la construcción del tema del *allegro*, por lo que se presta á las múltiples combinaciones en canon y á las imitaciones que siempre le agregan un interés nuevo, ó el atrevimiento de acompañarlo con quintas á secas por los oboés y clarinetes, ó el efecto extraño y encantador que producen el tuba contrabajo y el trombón, marcando los tiempos fuertes, á cuya sonoridad da poético realce la de un platillo herido por una baqueta de timbal; el pasodoble del tercer acto con aquel bajo cromático tan interesante; el dúo de tenor y bajo, de imponente y majestuosa grandeza, y muchos más que no cito por no hacer demasiado larga esta revista.

Aunque sea muy por encima, no quiero dejar de hacer una especie de inventario de los números que la obra tiene.

El preludio es una página maestra y un resumen de los momentos culminantes de la obra. En él aparece continuamente el tema de los niños mezclándose con los de las situaciones principales: con la batalla que libran republicanos y realistas, con la escena del incendio, en la que son salvados por Lantenac, y con el monólogo de Ganvain en el tercer acto, cuando decide salvar á su mortal enemigo si le vence en la lucha que cuerpo á cuerpo han de sostener.

Acto primero. Comienza con un coro de soldados, y á éste sigue la escena de la adopción de los hijos del batallón, hecha con verdadera y envidiable fortuna. El tercer número es el terceto de bajos á que antes hice referencia, lleno de majestad y de carácter caballeresco en el andante, cuya segunda parte produjo una verdadera tempestad de aplausos que ahogó por completo la *coda* instrumental.

La descripción de la batalla y el coro que la sigue son dos páginas hermosísimas que preparan admirablemente la salida del tenor, escrita para la voz de un Tamagno ó de otro tenor por el estilo y donde la instrumentación está tan hábilmente dispuesta, que no pesa absolutamente nada sobre la voz, apesar de tocar toda la orquesta en *fortissimo*.

Sigue á esta salida del tenor un coro brioso y enérgico.

Para dar tiempo á hacer una mutación, ha hecho Chapí un intermedio sinfónico, con una marcha de pífanos, que es una preciosidad, y que sirve de introducción y de coda á una poética y encantadora melodía, llena de frescura y de inspiración.

El número final lo constituye una escena de tiple altamente dramática y un coro de una fuerza y de un vigor incomparables.

El acto segundo se abre con una escena militar muy hermosa, á la que siguen unas estrofas muy bien cantadas por la Sra. Fabra. Sigue un número descriptivo, donde las fuerzas republicanas se preparan para el asalto á la torre del Aguila. Todo él está hecho de mano maestra: el coro de los soldados, la escena de la cantinera mientras el asalto tiene lugar, la salida del sargento, el cambio de color que se opera en la orquesta al cambiar la decoración, la hermosísima escena de la tiple, el coro de mujeres, de una frescura y una poesía encantadoras, donde se ve la genuína é indiscutible marca de Chapí y el relieve que adquiere el dolor intenso de la madre, al lado de la compasión que caracteriza la melodía del coro de aldeanas.

La última escena, la de la salvación de los niños por Lantenac, es de una gran intensidad dramática, y siempre producirá el mismo efecto que anoche produjo.

El preludio, triste y delicado, con que comienza el acto tercero, forma contraste con la escena de la instrucción militar de los chicos, para la que ha escrito Chapí una marcha miniatura que es una delicia. Sigue á ella la escena del juicio de Lantenac, que termina con un concertante, iniciado con una frase que poco á poco va creciendo en interés hasta tomar proporciones avasalladoras: la romanza de tenor, poética y delicada, el dúo de tenor y bajo de unos alientos y de una fuerza sin precedente alguno en Chapí, y el hermoso final de la obra.

Me he extendido demasiado, y no hay tiempo más que para enviar un aplauso á las Sras. Corona y Fabra, y á los Sres. González, García Soler, Querol, Soler y Gamero, que trabajaron con tanto cariño como acierto, y para desear que el tenor Casañas, cuya buena voluntad nadie puso en duda, tenga más tranquilidad y más suerte en noches sucesivas.

C. RODA.

El Estandarte

Parish

«Los hijos del batallón,» zarzuela inspirada en una obra de Victor Hugo. Letra de don Carlos Fernández Shaw, música del maestro Chapí.

Que el distinguido redactor de *La Epoca*, lleva dentro de sí, un escritor de gran valía, es cosa que nadie duda hace mucho tiempo, y si alguien lo dudara, anoche pudo salir de su error al escuchar las bellezas del libro y lo hermoso de algunas situaciones como la del final del segundo acto.

La obra no tiene más defecto, que lo desconocido del asunto para la gente de la galería que no sabe de la historia de Francia más que algo de lo leído en los folletines de Montepín.

El desenlace dado á la obra varía del que Victor Hugo dió á su 93, pero conservando la grandiosidad de la acción que no decae un sólo momento.

La música es digna del libro y el Sr. Chapí ha hecho un verdadero derroche de inspiración, sobre todo en el terceto del primer acto, que se repitió, y en el paso doble y coro de niños del tercero, que también se repitió. El resto de la música irá gustando más á medida que el público se vaya penetrando de ella y apreciando sus bellezas.

Como no tengo pretensiones de crítico y únicamente soy un modesto revistero, me limito á transmitir á los lectores la impresión personal y la del público que asistió al estreno que aplaudió mucho, haciendo salir al palco escénico á los autores infinidad de veces, al final de cada uno de los actos para tributarles las justísimas y merecidas ovaciones.

La señora Corona y los Sres. González, Soler y Gamero estuvieron muy acertados en sus respectivos papeles; el resto de los señores cómicos que tomaron parte en la obra, lo hicieron bastante mal, dicho sea sin ánimo de ofenderles.

En resumen, un éxito de buena ley, una adquisición para la empresa y un triunfo más para los simpáticos autores de *Los hijos del batallón*.

M. de C. y T.

El Día

PARISH

Estreno de «Los hijos del Batallón», melodrama en tres actos, letra de D. Carlos Fernández Shaw; música de don Ruperto Chapí.

Buena, buena, pero buena resultó la obra.

El distinguido periodista que en no lejana fecha se dió á conocer con la concienzuda traducción de *Severo Torrelli*; el elegante y castizo autor de *El cortejo de la Irene* y aplaudido colaborador de López Silva en *Las bravías* y *La revoltosa*, obtuvo anoche en unión de Chapí, una de esas ovaciones francas y espontáneas que bastaría para crear un nombre, si Fernández Shaw no gozase ya de una reputación envidiable en el mundo de las letras.

El libro, planeado con mucha claridad, sencillez en la exposición y de fácil y sóbrio diálogo no tiene otras pretensiones, ni es otra cosa que un ingenioso pretexto para que Chapí el maestro de siempre, luzca sus excepcionales dotes de compositor inspiradísimo.

Y en verdad, que si tal fué el intento del señor Fernández Shaw se han realizado sus propósitos.

El preludeo donde están admirablemente cogidos todos los motivos inspirados en *los hijos del batallón*, el gracioso coro con que empieza el primer acto, las escenas en que Micaela (Santa Corona), conmovedora víctima de la guerra, loca de dolor, pregunta al coro por sus inocentes hijos, (que le han sido arrebatados para convertidos en instrumentos de conminación y venganza) el monólogo del tenor, la canción de la cantinera, la diana, en fin todos los números de la obra, constituyen una labor finísima, en la que no se sabe que admirar más, si la inspiración del músico ó la habilidad del maestro.

El terceto del último acto es una página musical brillantísima y de una fuerza sugestiva avasalladora, tanto, que sin terminarse el número, Chapí, que dirigía la orquesta, tuvo que levantarse repetidas veces de su sitio para saludar al público y recibir sus aplausos.

También es muy bonito y mereció los honores de la repetición el paso doble infantil del tercer acto, en el que el maestro derrocha el ingenio, interpretando la letra con verdadera gracia.

Pero lo más hermoso de la obra es sin duda la situación final del segundo acto, preparada con indiscutible habilidad por Fernández Shaw, y que realmente conmovió al distinguido auditorio que llenaba el teatro.

En el corazón de las madres, sobre todo, la inspiración del libretista encontró fáciles resonancias y hondas repercusiones. Los desgarradores acentos de la pobre loca; su delirante alegría al contemplar á sus hijos que creyó perdidos para siempre, produjeron una tempestad de aplausos y un desbordamiento de lágrimas.

105

—

Chapí debió sentir al leer la emocionante escena, esos temores que la paternidad engendra y mantiene siempre vivos, y coronó los esfuerzos del poeta con un deslumbrador *idilio* musical, lleno de sonoridades y de ternuras delicadísimas.

Lo repetimos; aquel concertante es lo mejor de la obra. Por su grandioso efecto, por las filigranas de orquestación, el número con que terminó el segundo acto es digno del terceto del primero.

En resumen: una buena noche, y un gran éxito.

Interpretando *Los hijos del batallón* se distinguieron la señorita Corena, que rayó a gran altura en su patético papel de madre; la señora Fabra, que hizo de cantinera con mucho *sprit*, y Valentín González, artista de grandes vuelos y que sabe lo que *se hace*.

Los coros acertadísimos y cantando toda la noche con mucha afinación.

Nuestra enhorabuena al simpático maestro Barrera, que con tanto celo é inteligencia les dirige.

El decorado, debido á los Sres. Bussatto y Analio, precioso.

En la dirección de la escena, Soler, que no se contenta con ser un bajo de reputación muy alta, ha hecho milagros.

En su papel de «Centella», estuvo discretísimo.

Los demás artistas, cumplieron.

Alguno descompuso el cuadro.

La obra ha sido puesta con verdadero lujo y vivirá en los carteles.—Francisco de B. Serrano.

La correspondencia Militar

EN PARISH

“LOS HIJOS DEL BATALLÓN”

Tiene razón Eduardo Muñoz en el artículo meditado y valiente que hoy publica en *El Imparcial*. El maestro Chapí es un genio; Peña y Gofi no se engañó al profetizarlo así hace la friolera de trece años, es decir, cuando el autor de *La leyenda del monje*, *Las tentaciones de San Antonio*, *La tempestad*, *Mujer y Reynay* *La bruja*, hacía sus primeras armas en el teatro y saboreaba el primer triunfo que obtuvo con la *Música clásica del malogrado Etremera*...

Es un genio Chapí. ¿Por qué no decirlo aquí en España, donde no sólo se han popularizado, sino que se han *divinizado* (valga la frase) muchas medianías extranjeras?

El gran maestro español ha demostrado en la partitura *Los hijos del batallón* tener gran talento, y talento clásico de primer orden; pero sin plagiar a nadie ni aun á sí mismo, sino siempre original, fresco, lozano, valiente, emprendedor, enérgico, tierno. Una maravilla.

En el final del acto segundo nos recuerda Chapí la formidable música de Wagner con todos sus hermosos arranques, con todos sus sonoridades terribles que dan vida á un efecto, y efecto á una escena y éxito á una obra; y más tarde identificándose también con una situación desaparecen las terribles y acompasadas sonoridades de la música wagneriana y dulces melodías, acentos del metal que llegan al alma, solos de violín que estremecen y hacen asomar las lágrimas á los ojos traen á la memoria la escuela de Donzetti y de Bellini tan hermosa en el teatro como desatinada y horrible cuando la interpretan las hijas de familia cursis en el destemplado piano valiéndose de las confianzas propias y naturales en el misterioso seno de la intimidad.

Chapí se manifiesta en la admirable partitura de *Los hijos del batallón* como un conjunto de todas las escuelas, tomando de cada una lo mejor, y no pareciéndose, sin embargo, á ninguna. Es original en absoluto, bello en el fondo y en la forma.

¿Puede haber mayor elogio para el admirable maestro español?

Por eso el triunfo alcanzado anoche por Chapí fué tan grande, que no recordamos otro igual desde hace muchos años. Aplaudía y aclamaba lo mismo el público de la galería, que siente lo que es hermoso, sin explicárselo, pero sintiéndolo en el fondo del alma de modo incontrastable, que el inteligente que con frialdad y mesura juzga el mérito de cada nota, de cada tiempo y de cada viariación, y acaba por romper en un aplauso entusiasta.

La partitura de *Los hijos del batallón*, no hay que decir, después de esto, que es la mejor obra de Chapí, y que por ello merece los más entusiastas plácemes de todos los españoles, verdaderos amantes de las glorias patrias.

Fernández Shaw ha dejado ancho campo en el libretto á Chapí para que manifestara sus grandes condiciones de consumado instrumentista é inspirado compositor.

Ese fué el propósito del correcto literato y lo ha conseguido en absoluto.

El distinguido redactor de *La Epoca* se ha atenido en absoluto á la rigurosa verdad histórica de uno de los episodios del 93 de Francia, que con tanto colorido y energía describió Hugo, y ha logrado su propósito dando nueva vida y embelleciendo con correcta prosa y sonoros versos aquel pequeño fragmento de la historia de la vecina República.

Fernández Shaw merece también sinceros plácemes por su labor.

La interpretación dejó bastante que desear por parte del Sr. Casañas, y fué perfecta—dentro de sus condiciones, en lo que se refiere á la señorita Corona, á la señora Fabra y á los Sres. Valentín González y Gamero.

Sobre todo, el primero, rayó á gran altura.

Si el público de Madrid no llena durante todo lo que resta de temporada el Circo de Parish para admirar las hermosuras literarias y musicales de *Los hijos del batallón*, habrá motivos más que sobrados para decir que en la villa y corte se ha perdido la afición á lo bello.

A propósito.

Algunos periódicos están confeccionando sin darse cuenta de ello el *Manual del perfecto estrenador de obras teatrales*.

¡Estos sí que son *Los buzos del batallón*, y estos sí que es abrir agujeros en una obra sumergida ó á medio sumergir, porque aún tiene fuera la popa, donde sólo se pueden recibir azotes!

Como los que daba anoche un caballero independiente que consiguió que le vendieran una butaca fingiéndose sobrino de Rampolla.

—El libro—decía—es divertidísimo; sino que tiene los chistes en la crítica.

Sale un crítico y dice: «Yo hablo de música por lo mismo que no entiendo de ella ni jota ni me gusta; de suerte que hay que creer á puño cerrado lo que yo digo.»

Sale otro y dice: «Yo soy imparcial y soy mucho más instruído que este señor, y mucho más poeta lírico y más crítico musical, y también tengo mi trapito metido en lejía.

Quelle es una delicia. Bretón inspiró su *raconto* del barítono de *La Dolores* en lo que ahora se le ha ocurrido á Chapí para un terceto. Tal cosa tiene un «ritmo de *scherzo*».

Ofrezco un pendón de la *ciclagata* al que me diga lo que es eso.

SAN TURRÓN.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

LOS ESTRENOS

Teatro de Parish

Los hijos del Batallón, melodrama lírico,
libro del Sr. Fernández Saw, música del
maestro Chapí.

El aspecto que anoche ofrecía la anchurosa sala del antiguo Circo de Parish, no podía ser más brillante; llena de un público escogido, compuesto en gran parte de artistas de gran fama, de los literatos más ilustres, de eminentes maestros compositores, en una palabra: del público de los estrenos, que con gran interés acudía á presenciar la última obra del poeta de las ternuras, á que nos tiene acostumbrados en sus escritos el ilustre Fernández Saw y del inspirado compositor de *La Tempestad*, el maestro Chapí.

Puede formarse idea del deseo vehemente del público de alcanzar localidades para este acontecimiento teatral, por el hecho de haberse pagado anoche por algunas butacas que habían acaparado los revendedores, la cantidad de veinte pesetas.

Basándose en un episodio de la conocida novela de Víctor Hugo, el *Noventa y tres*, ha compuesto Fernández Saw una obra sencilla, tierna y conmovedora, y en

la que la acción dramática aparece superpuesta al desarrollo de la partitura.

Durante la época del Terror, un batallón de convencionales encuentra en los bosques de la Sandrail una pobre viuda, que acompañada de sus tres hijos, huye de los horrores de la Revolución, que ha dado muerte á su marido é incendiado la granja en que vivían.

El batallón, en que figuran una cantinera de generosos sentimientos y un sargento Radeub que se capta muy pronto las simpatías del público, recoge aquellas pobres criaturitas, que con lastimeros acentos piden pan á su madre; pero en la lucha que sostiene el batallón con los aldeanos de la Vendée, mandados por el marqués de Lantenac, noble y orgulloso aristócrata, caen prisioneros en poder de éste, que les conduce como rehenes á una prisión del antiguo castillo del Aguila.

La desolada madre recorre el país en busca de sus hijos, de aquellos pedazos de sus entrañas, y encuentra por fin al batallón revolucionario, que se prepara al asalto de la antigua mansión de Lantenac.

El sargento Radeub, que se ha empeñado en conquistarse las simpatías del público, se despide de la cantinera, á quien ama, y vista la negativa de Lantenac á entregar los niños, con la espada entre los dientes sube por las murallas con ánimo de rescatarlos, pero no consigue su propósito por no encontrar la habitación en que se hallan.

Entretanto la lucha se ha iniciado; los Vandeos combaten con las milicias de la Convención y al resplandor del fuego que avanza y entre las descargas de fusilería que suenan al pie de la torre, aparece un grupo conmovedor, compuesto de

los tres niños, que apretando entre sí sus rubias cabecitas, contemplan los horrores de la guerra, desde la habitación en que permanecen prisioneros.

La lucha es ya imposible; fieles servidores proporcionan á Lantenac medios de escapar por una puerta secreta, y al llegar al borde de la muralla retrocede, se acuerda de las criaturitas encerradas allí arriba y que han de ser víctimas del fuego que invade ya la antigua torre; conduce á los niños á la muralla, desde la cual los entrega á su madre, que los recibe con conmovedoras muestras de alegría y se entrega á los soldados que le persiguen.

La Convención le juzga; el tribunal, presidido por Gausain, sobrino del marqués, entre los que existe una lucha á muerte por las ideas políticas que ambos profesan, le condena á muerte, contra la opinión del pueblo que concurre al acto.

La madre no olvida que Lantenac ha salvado á sus hijos de la muerte, y con lastimeros acentos pide Gausain la salvación de Lantenac; aquél, escudado con el rigor de la ley, se niega á ello; el sargento Radoub, que definitivamente ha nacido para hacer bien, se propone salvar á Lantenac, pero no llegó á realizarlo, pues Gausain, atormentado por los remordimientos, busca á su anciano tío, le propone un duelo á muerte, y recibéndola él, obtiene su libertad el marqués de Lantenac.

He aquí el argumento de la obra á grandes rasgos.

El maestro Chapí ha compuesto una partitura brillantísima, digna obra que puede figurar al lado de las mejores óperas españolas.

La introducción, el terceto del primer cuadro, que es un número sorprendente por su inspiración y su factura y que fué repetido tras una tempestad de bravos y palmadas, el final del primer acto, el *arioso* de la tiple en el segundo, el preludio, el paso doble infantil, que también fué ejecutado dos veces y el aria de tenor, son fragmentos de mérito sobresaliente y dignos en absoluto del aplauso entusiasta con que fueron acogidos.

El triunfo obtenido anoche per Chapí es, sin disputa, uno de los más legítimos que el gran maestro ha alcanzado durante su gloriosa carrera artística.

La señorita Corona interpretó de una manera magistral su difícil y conmovedor papel; fué llamada repetidas veces á escena en unión de los autores y de los pintores escenógrafos Sres. Busate y Amalio.

La señora Fabra desempeñó con suma maestría su papel de cantinera y la ejecución por parte de los Sres. González, Gamere y Soler muy acertada.

Al final de todos los actos, fueron llamados los autores entre ruidosas salvas de aplausos, que nosotros hacemos extensivos al inteligente director de escena, señor Soler, y que negamos en absoluto al tenor Casañas, á quien Dios ha de pedir cuenta el día del Juicio, de las netas falsas y desafiadas con que nos obsequió en la representación de anoche.

TEATRO DE PARISH

“LOS HIJOS DEL BATALLON,,

Los numerosos amigos y admiradores del maestro Chapí, venían anunciando, desde hace algunos días, que la partitura de «Los hijos del batallon» sería un verdadero acontecimiento musical. Era, á juicio de aquellos, la obra más inspirada y la más perfecta de cuantas ha escrito el insigne autor de tantas y tan aplaudidas composiciones musicales.

No es de extrañar, por tanto, que una numerosa y distinguida concurrencia ocupara anoche, totalmente, el espacioso circo de Parish, y que se advirtiera en todas las fisonomías esa curiosidad, no exenta de inquietud, que precede siempre á los estrenos de las grandes producciones artísticas.

Claro es que no es fácil por una sola audicion apreciar con exactitud las bellezas y defectos de una «partitura» como la de anoche, y por eso nos abstenemos de emitir sobre ella un juicio definitivo. Debemos decir, sin embargo, como mera impresion personal, que, apreciada en conjunto la obra musical, no correspondió á los anuncios y esperanzas de los admiradores de Chapí.

Si se exceptúa el terceto del primer acto y el pasacalle de los niños, que son dos números de factura brillante y de verdadera inspiracion, los restantes de la «partitura», ni merecieron los honores de la repeticion, ni despertaron siquiera gran entusiasmo en el público inteligente y desapasionado.

Algunos números, en los cuales se nota claramente el propósito de imitar á Wagner, nos parecieron un poco pretenciosos, y no muy oportunos tratándose de unos cantantes de tan escasas facultades como los de anoche. De aquí que en muchas ocasiones, no obstante los esfuerzos de los artistas, quedara ahogada su voz por la trompetería y por las intensas sonoridades de la orquesta.

Aparte de esto, todos los números están magistralmente instrumentados y revelan el indiscutible talento musical de tan ilustre autor.

En cuanto al libro, inspirado, como ya dijimos, en un episodio dramático de la novela «Noventa y tres», de Victor Hugo, poco debemos decir. El Sr. Fernandez Shaw tiene bastante discrecion y talento para no creer que su trabajo de anoche puede acrecentar su reputacion literaria. El único propósito del libro era ofrecer al maestro Chapí algunas situaciones de carácter melodramático, en las cuales pudiera desarrollar su inspiracion musical; y este propósito justo es decir que lo ha cumplido á conciencia el Sr. Fernandez Shaw.

La interpretacion por parte de todos los artistas dejó mucho que desear. Ni la señora Corona, ni menos la Fabra, hicieron nada que fuera digno de aplauso. En cuanto al tenor Casañas, su fracaso en la obra de anoche fué notorio. Bien es verdad que ni éste ni otros tenores de más alientos y de mayor potencia de voz hubieran hecho nada de gran lucimiento. Por eso dudamos nosotros que el Sr. Casañas siga cantando durante muchas noches «Los hijos del ba-

tallon». Los Sres. Valentin Gonzalez y Garmero estuvieron muy acertados en sus respectivos papeles.

Al final de los tres actos fueron llamados á escena los autores, si bien los aplausos del segundo, y sobre todo los del tercero, no fueron muchos ni muy espontáneos.

La obra, en suma, es muy estimable en todos sus aspectos; pero dista mucho de merecer los elogios que le tributan algunos amigos de Chapí, al cual, seguramente, más bien perjudican que favorecen tan exageradas demostraciones de cariño.

A.

El Correo Español

Teatro de Parish

LOS HIJOS DEL BATALLON

Melodrama en tres actos y quince cuadros, letra del Sr. Fernández Shaw y música del maestro Chapí.

Gran éxito alcanzó esta obra estrenada anoche en el popular teatro-circo de Parish.

Se esperaba con interés, y en verdad que no ha defraudado las esperanzas que en ella se habían fundado.

El libreto, inspirado en uno de los episodios del libro de Victor Hugo *El noventa y tres*, página terrible de la Revolución francesa, está bien entendido.

En verso fácil y fluido unas veces, y en prosa correctísima otras, el Sr. Fernández Shaw ha sabido sacar de él todos los efectos dramáticos necesarios para interesar al público, y dar á *Los hijos del batallón* el éxito alcanzado anoche. Y aunque no todas las escenas de la obra brillan de igual modo, y aunque en su desenlace se nota alguna languidez, nadie podrá negar que el conjunto corresponde al talento del autor.

El argumento de *Los hijos del batallón* es sencillo é interesante. Tres niños vendeanos, huérfanos de padre, muerto en la guerra de la Vendée, son sorprendidos con su madre en el bosque de la Sandraie, y hechos prisioneros por un batallón de voluntarios republicanos, en la época del terror. Compadecidos de las tres criaturas, el batallón les adopta por hijos, y con ellos emprende la persecución de los realistas que capitanea el marqués de Lantenac.

Tienen un encuentro con éstos en el cual son derrotados, y los niños caen en poder de los vendeanos que les llevan en rehenes al castillo del Aguila.

Los republicanos, rehechos del descalabro sufrido, sitian el castillo, y el jefe que los comanda, Gauvain, antiguo aristócrata, propone la capitulación de los vendeanos á condición de que le entreguen los tres niños y al marqués de Lantenac para decapitarlos. Los leales y bravos vendeanos se niegan á ello. Los revolucionarios, tras sangrienta lucha, entran en el castillo, y el marqués con los suyos desaparecen por una puerta secreta que da al campo. En él encuentra desolada á la madre de las criaturas, piensa que éstas quedaron en el castillo y pueden ser víctimas de las llamas que le incendian, y corre á salvarlas, logrado lo cual, se entrega al grito de ¡Viva el Rey! á las furiosas huestes revolucionarias. Sentenciado á muerte, mata en su misma prisión á Gauvain, que le provoca á duelo, y él logra salvarse.

Tal es en resumen el argumento de *Los hijos del batallón*, en los que la figura del caballeroso marqués de Lantenac se destaca simpática sobre todas por su dignidad y arrogancia.

108

La música del maestro Chapi, instrumentada de un modo maravilloso, es de una melodía y de una belleza extraordinaria. No es música para tocada en organillos, ni para cantada por modistas, pero en cambio es música que da al autor de *La Tempestad* y de tantas obras notables, fama imperecedera entre los más preeminentes compositores de nuestra época.

Escuchando anoche aquellas notas sublimes de *Los hijos del batallón*, nos sentimos transportados al Príncipe Alfonso, asistiendo á uno de sus mejores conciertos, en donde el genio de Wagner es siempre admirado y aplaudido. Chapi se sintió wagnerista en su nueva obra, y en verdad, en verdad, que dentro de este nuevo género ha dado gallarda muestra de gusto y de inspiración.

La introducción, el terceto del primer acto, el mejor de la obra, sin disputa de ningún género, repetido entre atronadores aplausos y bravos el final del primer acto, el *ariazo* de la tiple en el segundo, el paso doble infantil, repetido también, y otros varios números, son dignos de todo aplauso y abrillantan la fama de su autor.

En una palabra: Chapi alcanzó anoche uno de los triunfos más completos, por no decir el mayor, de su vida artística. La música de *Los hijos del batallón* no es música de zarzuela, es música de ópera, y de ópera de alto vuelo.

No es extraño, por lo tanto, que la ejecución no fuera todo lo lucida que debiera, porque los artistas de Parish, con ser en general buenos, no pueden llegar á donde llega en su música el gran maestro. La entrada en el segundo acto del tenor Casaña fué para éste un verdadero fracaso. No es obra para cantada por un tenor como Casaña la estrenada anoche en Parish.

Únicamente la Srta. Corona y el bajo Valentín Gómez, aquélla haciendo de madre de los hijos del batallón, y éste de marqués de Lantenac, merecieron justamente los aplausos del público.

La Sra. Fabra probó anoche sus facultades de artista, pero nada más.

El Sr. Soler merece aplausos, más que por el papel que desempeñó, en el cual se esmeró todo lo posible, por los esfuerzos titánicos que tuvo que realizar para poner en escena, en escenario tan reducido, una obra de tanto aparato, con tanto lujo presentada en trajes y decoraciones y con todos los detalles necesarios. Por

cierto, que algunas de las decoraciones hacen honor á los notables escenógrafos Sres. Busato, Amalio y Herrera, que las pintaron.

El Ejército Español

Parish

Los hijos del batallón, letra del señor Fernández Shaw, música de D. Ruperto Chapi.

El melodrama lírico (así rezaban los carteles) con que nos obsequió anoche la afortunada empresa de Parish, es una verdadera ópera en la que el maestro Chapi ha derrochado su talento musical, haciendo todas las maravillas de que es capaz en el pentágono, y cuenta que es capaz, de mucho y mucho bueno el eminente autor de los *Gnomos de la Alhambra*.

Tratando á grandes rasgos la letra de la obra, de Fernández Shaw, puede decirse que el libretista ha escogido el episodio más interesante de la novela que todos conocen, el *Noventa y tres*, y que con su talento no desmentido ha sabido escoger el dramático argumento de los *Hijos del batallón*, que le ha servido para expresar bellísimos pensamientos, y crear situaciones conmovedoras que despertaron el entusiasmo en el público de todas las localidades.

Este es el libro; argumento interesante, desarrollo muy bien conducido y lenguaje muy apropiado á las distintas situaciones de la obra.

Pero la música del maestro Chapi, del incomparable maestro, merece capítulo aparte.

No; no es ni puede ser una zarzuela la obra estrenada anoche.

Merece más alta categoría: póngasele música á las pocas escenas habladas de los *Hijos del batallón* y diganme los más inteligentes en la materia si la partitura de este mod stamente llamado *drama lirico*, no figuraria dignamente en el repertorio de la ópera.

Diecisiete números de música en los que no se sabe cuál admirar más, ni cuál aplaudir con más entusiasmo. Hay un terceto de baritono y bajo en el tercer acto que es la maravilla musical más perfecta y de más delicados matices que se conoce.

Allí se expresa todo; desde el rencor de los vandeanos y sus deseos de exterminio hasta el sonido lúgubre de la campana que toca á somatén...

En fin, no voy á detallar número por número la hermosa partitura, porque esto se saldria de los límites de una noticia teatral, que no tienen más alta pretensión estas cuartillas.

Resumo, pues la parte musical, diciendo que si el terceto es hermosísimo lo es también el dúo del tercer acto entre el marqués de Lantenac y el vizconde de Gauvean, y no menos bello el coro de los pequeños soldados, que dicho sea de paso trabajaron a imirablemente.

Algo falta, aún simplificando mucho esta revista, y corresponde este *algo* á la interpretación de la obra.

Citaré en primer término al bajo Valentín González que es un actor verdad, trabajó con entusiasmo, ¿y á qué negarlo? fué el héroe de la noche; su expresión sincera, su voz potente y armoniosa y su figura noble, como correspondia al papel que desempeñaba; dijo y cantó como siempre, bien, magistralmente; por eso no se le escatimaron los aplausos. De la señorita Corona no puedo decir si no que es toda una artista dramática que vale mucho, y que en su difícil papel hizo verdaderos primores; la señora Fabra demostró asimismo su talento en un papel inferior á su categoría artística. Gamero bien, aunque un poco emocionado sin duda por ser estreno... Soler en su corto papel imitable, y Casañas... Casañas, hablando con justicia, con esa justicia inexorable que el pedia para el marqués de Lantenac... no estavo muy afortunado; verdad es que la música estaba *muy alta* para él; verdad también que la parte que le tocó no fué de las más simpáticas. De todos modos en el dúo se le aplaudió, y seguramente en noches sucesivas estará más feliz.

¿Falta algo?

¡Ah, sí! que los autores salieron en los tres actos muchas veces al palco escénico.

GIL DE ONATE.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Parish.

El estreno de *Los hijos del batallón* ha sido un éxito extraordinario. El público que anoche llenaba el circo de Parish aplaudió la obra con entusiasmo caluroso; y hoy la prensa toda tributa grandes elogios á los autores.

Del argumento hemos hablado en otro número. Baste decir, en elogio de la letra, que el señor Fernández Shaw ha sabido llevar al sumo límite el interés dramático de las situaciones.

En cuanto á la partitura, es acaso la más inspirada de cuantas ha escrito el genial maestro Chapi.

El público y los críticos hallan la grandeza de una ópera en el melodrama de anoche.

Los números más aplaudidos fueron el grandioso terceto del primer acto, la marcha de los vendeanos, la canción de la cantinera, el coro de mujeres del segundo acto y el aria de tiple.

Para autores, actores y escenógrafos hubo en el estreno de anoche muchas y merecidas ovaciones.

Sea Iberia

TEATRO DE PARISH

"Los hijos del batallón,"

En medio del ruido atronador que producía una inmensa multitud que se apiñaba en todas las localidades del teatro, aplicamos el oído con atención para no perder ni una sola nota de l preludio, que á las nueve en punto empezó á ejecutar la orquesta, dirigida por el maestro Chapi.

¡Buen efecto! ¡Gratisima impresión!

Esta página musical da perfecta idea de lo que ha de ser la obra. Melodías llenas de dulce ternura, que indican la presencia de los niños, *Los hijos del batallón*, al rededor de los cuales gira todo el argumento; motivos llenos de pasión, que descubren á la madre desolada, y cantos guerreros, toques de clarín, frases vigorosas, el estruendo de la batalla, y enlazado todo con gusto exquisito y con profundo conocimiento del arte musical. Un aplauso atronador, inmenso, estalló al sonar la última nota, y el maestro tuvo que saludar muchas veces á la concurrencia desde su sitial.

Se levantó la cortina y estallaron nuevos aplausos á la decoración, un paisaje lleno de luz y de color, y empezó el drama por un coro de soldados.

Y abrimos un paréntesis en la parte musical para hablar del libro.

Ya todo el mundo ha dicho que está inspirado en un episodio de la famosa obra *El noventa y tres*, de Víctor Hugo, y desde luego hay que tributar elogios á la perspicacia de Fernández Shaw para elegir el asunto, muy teatral, pero al mismo tiempo muy difícil de arrancar de las páginas de Víctor Hugo para llevarlo á la escena.

Por eso tiene mucho mérito el trabajo del Sr. Fernández Shaw, poeta inspiradísimo, que ha tomado ya plaza entre los autores dramáticos de nota.

El autor de *Los hijos del batallón* ha sabido encontrar los efectos y ha creado situaciones llenas de vigor dramático, entre las que sobresale la final del segundo acto, que es de primer orden. El libretista y el músico han estado á la misma altura en este hermoso momento de la obra.

Ha sabido también dar relieve á los personajes, llenando de nobleza la simpática figura del marqués de Landenac, de ternura material la de Micaela, de gallardía la del comandante Gauvain y de buen sentido y corazón de oro la del sargento Radoub.

Estos son los principales caracteres del melodrama; los demás tienen también vida propia, y encajan perfectamente en aquellos momentos de sangrienta lucha entre realistas y republicanos, que se desarrolló en los campos de la Vendée.

La trama interesa hasta el final, que impresiona extraordinariamente. Después de la

muerte de Gauvain y de la fuga de Landenac suenan dos disparos que hielan al espectador, en cuyo ánimo reviven las simpatías que despertó el noble marqués.

Situación de gran efecto. El melodrama está escrito en prosa, castiza unas veces, y en versos muy fluidos otras.

Al terminar el primer acto fué llamado á escena el Sr. Fernández Shaw, repitiéndose las presentaciones en gran número después del segundo y del tercero.

Y volvamos á la música. Chapí ha escrito una partitura muy importante y á la altura de una verdadera ópera.

Entre los muchos merecimientos que tiene el trabajo del inspirado maestro, descuellan la admirable adaptación de las notas á las situaciones y al carácter de los personajes; verdadera música descriptiva, que hace que el espectador se penetre de lo que está pasando.

Podíamos citar los números musicales todos, para justificar esta afirmación; pero bastará con recordar la tiernísima y bella melodía, cuando los niños prisioneros en la torre juegan descuidadamente sin comprender el inmenso peligro que les rodea; el acompañamiento de la romanza de tenor del último acto, en la que la orquesta expresa de un modo admirable las dudas y vacilaciones que embargan á Gauvain, los cantos de los vandeanos, y, en fin, todos los momentos de la obra.

No tenemos tiempo, espacio, ni conocimientos para hacer el análisis de la partitura; nos limitamos á transcribir impresiones; y después de aplaudir todos los números, diremos que descuellan el terceto del primer acto; este sobre todos, por ser la página musical más inspirada y más vigorosa de la partitura; el final del segundo acto, hermosísimo; el paso

doble infantil, de una belleza extraordinaria; el concertante del tercer acto y la romanza de tenor, que anoche no se apreció bien porque el Sr. Casañas estuvo desgraciado.

La ovación tributada á los dos autores fué inmensa.

* *

En la ejecución se distinguió en primer término la señorita Corona, que puso todo su talento y toda su alma de artista en la creación de su papel; muy bien la señora Fabra y los Sres. González (D. Valentín), Gamero, Soler y todos los demás.

Casañas, descompuesto desde su salida en el primer acto, ya no logró reponerse y vencer al auditorio en el resto de la obra.

Esta ha sido presentada con mucho lujo, y también alcanzó parte de la ovación á Busato y Amalio, que han pintado decoraciones preciosas.

La brillante campaña que está haciendo el teatro de Parish en provecho del verdadero género lírico-dramático español, se ve coronada con el éxito de una obra de tanta importancia como *Los hijos del batallón*.

El papel de Landenac ha sido nobilísimamente representado por el notable artista Valentín González. Un caballero representado por otro caballero.

Gamero estuvo á gran altura en el desempeño de su difícilísimo papel, y representó muy bien su cometido en el Consejo de guerra.

Alcanzó un verdadero triunfo en su carrera.

La simpática y atrayente señora Fabra hizo una animosa cantinera, cantando su canción con suma gracia y conmoviendo como actriz en los momentos dramáticos, que representó con mucho fuego.

Plácemes á los coros y á la orquesta. Plácemes al Sr. Soler, inteligentísimo director de escena.

El Sr. Casañas, que tan bien había estado en los ensayos y tan aplaudido fué en el ensayo general, no estuvo con tanta fortuna anoche. El cansancio y el terrible *orgasmo*, que es para el cantante lo que el *calambre* para el nadador, produjeron dicho efecto. Pero esperamos que en noches sucesivas probará que entiende y ha estudiado la obra.

Querol estuvo bien, como siempre. Soler, como actor dramático, digno de elogio en la escena de la torre.

Dejamos para última referencia á la señorita Corona, que anoche mostró ser una gran actriz de tragedia y una cantatriz dramática. Qué más se puede decir, pues es rigorosamente esto!

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

La obra puesta con lujo, con fidelísima indumentaria.

El decorado hermoso, obra de los Sres. Amalio y Busato.

La primera decoración de selva gustó mucho; es obra de Adolfo Herrera... el cual tuvo la modestia de no penetrarse en escena, ni cuando le aplaudieron por su obra, ni cuando después fueron llamados todos los artistas al final de la representación.—Z.

El Presumen

PARISH

Anoche se verificó el tan anunciado estreno de *Los hijos del batallón*, original de los señores Chapi (la música) y Fernández Shaw (el libro). No pudimos asistir á la representación. La galantería de la empresa y el compañerismo de los autores no llegó al punto de invitarnos y la dificultad de conseguir localidades á última hora nos privó de presenciar el suceso, acerca del cual es difícilísimo formar juicio leyendo los periódicos de la mañana. Entre el sí de «El Imparcial», el no de «El Progreso» y el qué se yo de «El Tiempo» cualquiera saca nada en claro.

Esta noche veremos la obra y mañana comparemos con nuestros lectores el deber de informarlos acerca de *Los hijos del batallón*.

El Día

PARISH

Estreno de «Los hijos del Batallón», melodrama en tres actos, letra de D. Carlos Fernández Shaw; música de don Ruperto Chapi.

Buena, buena, pero buena resultó la obra.

El distinguido periodista que en no lejana fecha se dió á conocer con la concienzuda traducción de *Severo Torrelli*; el elegante y castizo autor de *El cortejo de la Irene* y aplaudido colaborador de López Silva en *Las bravatas* y *La revoltosa*, obtuvo anoche en unión de Chapi, una de esas ovaciones francas y espontáneas que bastaría para crear un nombre, si Fernández Shaw no gozase ya de una reputación envidiable en el mundo de las letras.

El libro, planeado con mucha claridad, sencillo en la exposición y de fácil y sóbrio diálogo no tiene otras pretensiones, ni es otra cosa que un ingenioso pretexto para que Chapi el maestro de siempre, luzca sus excepcionales dotes de compositor inspiradísimo.

Y en verdad, que si tal fué el intento del señor Fernández Shaw se han realizado sus propósitos.

El preludeo donde estan admirablemente cogidos todos los motivos inspirados en *los hijos del batallón*, el gracioso coro con que empieza el primer acto, las escenas en que Micaela (Santa Corona), conmovedora victima de la guerra, loca de dolor, pregunta al coro por sus inocentes hijos, (que le han sido arrebatados para convertirles en instrumentos de conminación y venganza) el monólogo del tenor, la canción de la cantinera, la diana, en fin todos los números de la obra, constituyen una labor finísima, en la que no se sabe que admirar más, si la inspiración del músico ó la habilidad del maestro.

El terceto del último acto es una página musical brillantísima y de una fuerza sugestiva avasalladora, tanto, que sin terminarse el número, Chapi, que dirigia la orquesta, tuvo que levantarse repetidas veces de su sitio para saludar al público y recibir sus aplausos.

También es muy bonito y mereció los honores de la repetición el paso doble infantil del tercer acto, en el que el maestro derrocha el ingenio interpretando la letra con verdadera gracia.

Pero lo más hermoso de la obra es sin duda la situación final del segundo acto, preparada con indiscutible habilidad por Fernández Shaw, y que realmente conmovió al distinguido auditorio que llenaba el teatro.

En el corazón de las madres, sobre todo, la inspiración del libretista encontró fáciles resonancias y hondas repercusiones. Los desgarradores acentos de la pobre loca; su delirante alegría al contemplar á sus hijos que creyó perdidos para siempre, produjeron una tempestad de aplausos y un desbordamiento de lágrimas.

Chapi debió sentir al leer la emocionante escena, esos temores que la paternidad engendra y mantiene siempre vivos, y coronó los esfuerzos del poeta con un deslumbrador *idilio* musical, lleno de sonoridades y de ternuras delicadísimas.

Lo repetimos; aquel concertante es lo mejor de la obra. Por su grandioso efecto, por las filigranas de orquestación, el número con que terminó el segundo acto es digno del terceto del primero.

En resumen: una buena noche, y un gran éxito.

El Liberal

Ruperto Chapi y Lorente,
que es un gran compositor,
y como padre, prolífico
más que fué el mismo Jacob,
que sólo doce hijos tuvo,
y Carlos Fernández Shaw,
que no piensa ir á la zaga
de ninguno de los dos,
en eso de tener prole,
teniendo la inspiración
y el ingenio que á uno y otro
ha concedido el señor,
hicieron una zarzuela,
que anteayer se estrenó,
con regocijo del público
que aplaudió á más y mejor
y ahora ya tienen más hijos,
Los hijos del batallón.
Celebraré muy de veras
que haciendo el debido honor
á «sus papás» esos «hijos»
crezcan á satisfacción
y les den muchas pesetas
y brillantes como el sol
vivan muchísimos años...
y que pueda verlo yo.

Felipe Pérez y González

ESPECTACULOS

Teatro de Parish.—Otro éxito de Chapí.

—El libro.—La música.—Los artistas.

—Presentación de la obra.

Antes de anoche se estrenó en el teatro de Parish la zarzuela, ó según otros melodrama, *Los hijos del batallón*, letra de D. Carlos Fernández Shaw, basada en el pensamiento de un libro de Victor Hugo y música del maestro D. Ruperto Chapí.

Todos coinciden en que este estreno ha sido un nuevo éxito para el eminente compositor y los juicios que la prensa diaria ha publicado se muestran unánimes en este punto.

Ni entra en mis propósitos referir el argumento del libro, ni sería oportuno después de tantos detalles como sobre el asunto se han dado, ni creo que para dar cuenta de un estreno tenga necesidad de contar á los lectores la acción escénica, que pueden ellos conocer por sí mismos, no desvirtuándoles la primera impresión que cause el espectáculo.

Ahora sí, lo que conviene puntualizar es que Fernández Shaw, maestro ya en esta clase de tareas, ha tenido mucho tino en preparar la acción dramática, matizándola de dulzuras, de sentimiento y de situaciones emocionantes verdaderamente trágicas, y que como poeta consumado, en el diálogo, en los caracteres y en las manifestaciones pasionales, ha demostrado su talento y la delicadeza de la labor.

A esta fabula teatral ha puesto el maestro Chapí una música con todos los encantos de su fecunda inspiración, donde aprovechando las situaciones del libretista, se presenta ya el compositor apasionado y melódico, ya el instrumentador brioso y enérgico y siempre el músico eminente, con frescura, inspiración, delicadeza.

Cada número en su estilo tiene especiales bellezas y el conjunto resulta hermoso é interesante.

El público así lo comprendió y las ovaciones fueron ~~entusiasmas y frenéticas.~~

Los artistas cumplieron solamente, estando á menos altura que los autores, y especialmente el Sr. Casañas, que no respondió á la fama recientemente adquirida.

La empresa ha hecho un verdadero derroche de buen gusto al poner la obra en escena, cuidando todos los detalles y estrenando un adecuado decorado y vestuario.

La obra ha de dar dinero y de justicia es que así suceda para premiar el esfuerzo de todos los que en el estreno han intervenido.

La verá todo Madrid y tal vez toda España.
¿Exagero? Allá veremos.

BLAS CANTAFLARO.

LOS HIJOS DEL BATALLON

Impresiones.

Esto no es revista, ni puede serlo. Tampoco es crónica del estreno que, aunque no lo he visto, me lo sé de memoria.

Muchas ovaciones, sendos aplausos, innumerables llamadas á la escena, entusiastas felicitaciones, abrazos á granel, apretones de manos *hasta* á los pintores. ¿Y qué? Todo eso es lo de menos.

¿Hay obra? ¿Quedará en el repertorio grande, moderno, tan exhausto hoy de novedades? ¿Dará dinero? Esto es lo de más.

Tampoco pretendo contestar de plano á todas y cada una de las preguntas del interrogatorio antecedentes.

Me limito á consignar mis impresiones, personalísimas, pero desprovistas de todo prejuicio, favorable ni adverso; impresiones fiadas á la memoria, en ensayos sucesivos, fuera de la caldeada atmósfera del estreno y sin recoger al vuelo opiniones de críticos en cuadrilla, digo en corrillo.

Y basta de preámbulo.

Lo primero que hay que anotar al ocuparse del nuevo melodrama lírico *Los hijos del batallón* es el prodigioso talento del maestro Chapí, *condenado* á hacer música y música prestigiosa, como toda la que sale de su inspirada pluma, con la escasa variedad de situaciones que le ofrece el libretista, obligado á su vez por la naturaleza del episodio que le sirve de base.

La nota guerrera, valiente y vigorosa, y la del amor maternal, tierna y sentida, son las únicas que vibran en toda la obra. Esto, en

el largo transcurso de tres actos y *quince* cuadros, tiene que adolecer necesariamente de monotonía y languidez.

La *defensa* corre á cargo de músicos y pintores, é indiscutiblemente cumplió mejor aquél que éstos. No hay comparación posible; aún hay clases.

Chapí es hoy el primer maestro que tenemos; todos los géneros le son fácilmente abordables; el instrumental, la zarzuela *chica*, la *grande*, la ópera. En todas sus obras imprime el sello de su vigorosa personalidad artística, y sus estrenos son triunfos siempre, aunque *caiga* alguna vez.

Su última partitura es importante, como suya.

Los hijos del batallón contienen números de primer orden.

Comienza el interés desde el preludio, de cortas dimensiones, en el que se ven barajados los principales motivos: el que pudiéramos llamar *de los niños*, aéreo, juguetón, sonriente; las pinceladas *fragorosas* (1), bélicas, de las hirvientes luchas que se desencadenan entre realistas y vendeanos: la inspirada frase de la romanza del tenor en el tercer acto, trasunto fiel de otra lucha interna de Gouvín, entre el deber y la piedad.

En el primer acto, que promete mucho como exposición y dibujo de caracteres, el número más saliente es, á nuestro juicio, el terceto entre Lantenac, Centella y Jorge; todo él es de un ambiente noble, levantado, vibrante, que conmueve y levanta el ánimo del espectador; está destinado á romper el hielo y á entrar en materia; revela al compositor de alto vuelo, inspiradísimo, que sabe hallar los efectos dramáticos más intensos... cuando se le da ocasión para ello.

La figura cómica del sargento Raboud ó *Ragout*, como decía un señor de la clase de amigos del autor, está bien delineada musicalmente; la brava cantinera Juana y la dolorida madre de los niños en cuestión, cuyos nombres y circunstancias nos hace saber repetidas veces para mayor claridad, son elementos bien manejados en este acto, que, como ya hemos dicho, nos parece el de mayor vida y animación.

El *Caimán*, pobre señor, es inofensivo y molesta poco; un aplauso merece Navarro por su modestia al encargarse de papel tan insignificante.

En el segundo acto sigue el músico haciendo el gasto ¡pero qué gasto! ¡espléndido!; un verdadero derroche de inspiración y de modernismo. No se busquen en *Los hijos del batallón* arias, dúos ni tercetos á la antigua usanza; hay concertados, sí, lógicos, admirablemente tratadas las voces, con un interés vivísimo, creciente en la orquesta; sabido es cómo la maneja el insigne Chapí.

Por lo demás, sigue encadenado el compositor á la marcha fatigosa del melodrama; sirviendo cumplidamente la situación y luchando con la escasa variedad de sentimientos puestos en juego.

El dolor de Micaela, que busca en vano á sus pequeñuelos, está expresado con acentos patéticos y un gran colorido instrumental; pero como esta situación se repite demasiado pierde el efecto en intensidad.

El final segundo está muy bien entendido y es muy teatral.

Del tercer acto son dignos de mención la sentida romanza de tenor, que es una verdadera filigrana, y el concertado que sigue á la escena del juicio, una de las piezas más culminantes de la obra.

En resumen, el maestro ha cumplido con exceso: la partitura de *Los hijos del batallón* es digna hermana de *La Tempestad*, *La Bruja* y tantas otras con las que ha enriquecido Chapí el repertorio español.

La ejecución, dados los elementos que la zarzuela nacional posee, bastante aceptable.

Las Sras. Corona y Fabra merecen aplausos. Casañas, más domado que en el repertorio, también es acreedor á ellos; Soler, González, Querol, Gamero, Navarro..... á todos alcanzan las felicitaciones.

La obra muy bien ensayada, mejor aún ajustada; de otros detalles de escena no hay por qué ocuparse, ni turbar el general regocijo.

De pintores tampoco hay que extremar; hay teloncitos cortos que parten los corazones.

Para terminar: del éxito de *Los hijos del batallón* corresponde la mayor parte, la principalísima, al maestro CHAPÍ; después, con su

tanto de culpa, Fernández Shaw, Soler, Fabra, González Cotona, Gamero, etc., etc., (siguen más cómicos).

Nuestra enhorabuena á la empresa.

JUAN RANA tiene una especial satisfacción cuando se le dan ocasiones de aplaudir (aunque sea con reservas mentales) y de aquella participa su humilde *adlátere*,

CLARINETE.

MADRID COMICO

26-2-1898

TEATRO DE PARISH



LOS HIJOS DEL BATALLÓN

LOS HIJOS DEL BATALLÓN

Zarzuela de Chapí y Fernández Shaw, estrenada el jueves 17 en el teatro de Parish.

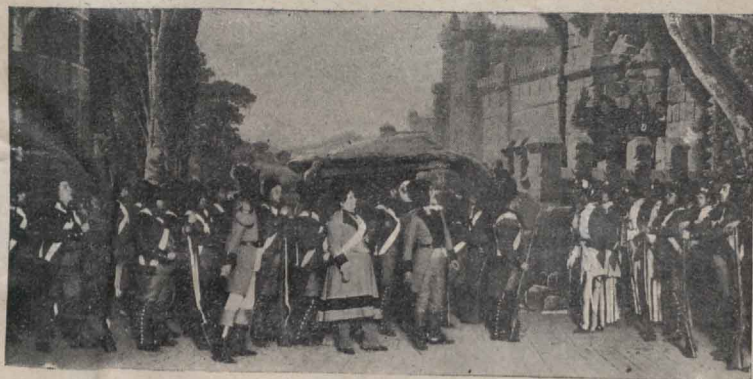
Extraordinario era el interés que despertaba este estreno. Desde que en Parish se había resucitado con tanto éxito la zarzuela *grande*, había vivido aquel teatro exclusivamente del repertorio, y era general el deseo de ver obras nuevas. Los maestros españoles llevan algunos años de no poder emplear su talento sino en obras ligeras, del llamado género *chico*; había, pues, verdadera ansiedad de escuchar una partitura seria, una obra importante.

ARGUMENTO

Durante el período del Terror, un batallón de voluntarios republicanos registra el bosque de la Saudraie, en busca del enemigo, y en vez de dar con los realistas, se encuentra con una viuda bretona que, acompañada de tres hijos suyos de muy tierna edad, se ha refugiado en la selva. El batallón adopta á los niños en el momento en que estalla la insurrección realista, capitaneada por el Marqués de Lantenac. Entáblase tremenda lucha, y las infelices criaturas quedan en clase de rehenes en poder de las fuerzas rebeldes, acampadas en el castillo del Aguila.



LA BRETONA CON SUS TRES HIJOS



CENTELLAS PARLAMENTANDO CON LOS REPUBLICANOS

El Marqués es condenado á muerte, pero consigue su libertad, gracias á Gouvain, el cual se bate cuerpo á cuerpo con su adversario y tiene la desdicha de perecer.

LA MÚSICA

De *Los hijos del batallón* quedarán seguramente todos los números en el repertorio clásico; pero se cantarán pocos con el gusto, con el deleite con que se cantan siempre aquellos de *La tempestad*, que todos los aficionados á la música saben de memoria. La ovación grandísima que se hizo á Chapí, tanto al terminar la primera vez el terceto, como á su repetición, fué justo premio y bastó para asegurar el éxito de la obra.

EJECUCIÓN

Esmerada por parte de todos, y singularmente por las Sras. Corona y Fabra y los Sres. Valentín, Gamero, Soler y demás artistas que en ella intervinieron.

Los Sres. Chapí y Fernández Shaw, los pintores escenógrafos y las actrices y actores nombrados, recibieron muchas y justas ovaciones al final de todos los actos de la obra.

DECORACIONES

Estas, con especialidad las debidas á los reputadísimos escenógrafos Bussatto y Amalio, son muy hermosas.

L. R. M.

Va á procederse al asalto, y Gouvain, jefe del batallón republicano, intima la rendición, prometiendo salvar la vida á los prisioneros, menos á Lantenac, á condición de que sean devueltos los niños. Los realistas no aceptan, y juran que si perecen en la contienda, morirán también los hijos de la bretona, ocultos en uno de los ángulos de la fortaleza. Los republicanos dan el asalto y se apoderan del castillo, después de reñidísimo combate. Lantenac ha logrado escapar con vida por una puerta secreta, y apenas ha salido al campo, estalla el incendio en el ala donde se hallan los hijos del batallón.

La desolada madre recorre el país en busca de aquéllos, y al conocer su paradero, se dirige presurosa á la fortaleza. En su camino encuentra al fugitivo aristócrata, quien retrocede en su marcha, resuelto á sacrificar su vida por salvar la de aquellos niños. Lantenac realiza su obra, y al grito de ¡viva el rey! cae prisionero.



DESAFÍO DE GOUVAIN CON EL MARQUÉS DE LANTENAC

(Fotografías de Amador.)

Estreno de LOS HIJOS DEL BATALLÓN en el Teatro Circo
de Parish.

Los hijos del

Voluntario ..

Junco de la Pampa

en el sistema consuetudinario

el 19 de Febrero de

1898

en el

Fecho Buco de Parich

Heraldo de Madrid

4 Enero 1898

93

Estrenos.—Según todas las probabilidades, la obra de Romea y del maestro Caballero *El señor Joaquín*, se estrenará en la Zarzuela del 12 al 15 próximos, y la zarzuela en tres actos, de Fernández Shaw y Chapí, *Los hijos del batallón*, se estrenará en Parish á fin de mes.

Juan Rana
27-1-98

En el teatro de Parish siguen *emperrados* en no estrenar.
Y JUAN RANA *emperrado* en no hablar de él con extensión hasta que estrenen.

Ya sabemos que no hay ningún artículo de la Constitución que les obligue á ello.

¡Pero mire usted que estar condenados á Casañas toda la vida!

Aquello es un vivero de artistas, la mayor parte de generación espontánea, por lo que se refiere á su preparación artística.

Y, francamente, las funciones se parecen á esas que organizan en los colegios por Navidad para regocijo de las familias de los agraciados.

Y luego que á esos *Hijos del batallón* va á haber que variarles el título al paso que la empresa lleva su estreno.

Habrá que llamarles *Los nietos del batallón*.

Imparcial
15-2-98

Parish.—Pasado mañana jueves estreno del melodrama en tres actos *Los hijos del batallón*, basado en la novela de Victor Hugo, 93.

Los escenógrafos Sres. Busato y Amalio han pintado nueve decoraciones y cuatro D. Adolfo Herreras, y el sastre Sr. Gambardella ha confeccionado el vestuario con arreglo á los figurines hechos por el Sr. Taberner.

La acción del melodrama ocurre en la Vendée, á fines del siglo pasado, durante el período de la insurrección realista contra los gobiernos revolucionarios de París.

No pudiendo la empresa atender al crecido pedido de localidades hecho para el estreno, se ve imposibilitada de atender á todos, y únicamente podrá satisfacerlos para las sucesivas representaciones.

Parish.

La señorita Avelina Corona ha debutado con *Marina*, y obtenido un éxito franco y extraordinario.

La concurrencia la hizo una ovación entusiasta.

La señorita Corona será la encargada del papel principal de *Los hijos del batallón*, cuyos ensayos se activan mucho.

Mañana lunes cantará *El Juramento* la notable tiple señorita Amelia Balle, que tanto gustó la noche de su debut.

El Nacional

20-14-2-98

LOS HIJOS DEL BATALLÓN

La nueva obra de Chapí.

El jueves se estrenará en el teatro de Parish el melodrama lírico en tres actos, de Chapí y Fernández Shaw, *Los hijos del batallón*.

El argumento de la obra está sacado del *Quatre-vingt-treize*, de Victor Hugo. Fernández Shaw ha logrado hacer un libro hermosamente hablado, en el que se reúnen situaciones interesantísimas y conmovedoras.

Con habilidad de maestro, Fernández Shaw ha sabido hacer que destaquen briosamente todas las figuras principales del conmovedor y sangriento episodio que tan magistralmente trasladó Victor Hugo á su *Quatre-vingt-treize*.

Chapí ha compuesto una partitura grandiosa, inspirada, de lo mejor entre lo mucho bueno que ha escrito.

Inmenso es el final del segundo acto, tanto por el número musical que es valiente, poético y maravillosamente adaptado á la emocionante situación, cuanto por ésta, hermoso contraste de ternura, delicadeza y brío.

La instrumentación es rica, hecha con ese talento que todos, amigos y enemigos, reconocen en Chapí.

El dolor de la pobre madre que anda errante por la campiña de La Vendée buscando á sus tres hijos está admirablemente reflejado en el aria que el maestro ha escrito.

Grandioso es también el concertante en que el batallón republicano de París pide á su comandante ir á la vanguardia al asalto de la torre en que el marqués de Lantenac tiene en rehenes á los ahijados del batallón.

Notabilísimo el terceto del tercer acto y, ¿á qué seguir?, habría que enumerar toda la partitura.

Avelina Corona, Casañas, Soler, la Fabra, Gamero y González, que son los principales intérpretes de *Los hijos del batallón*, han hecho estudio concienzudo de sus papeles respectivos.

La Iberia

LOS HIJOS DEL BATALLÓN

La nueva obra de Chapí

El jueves se estrenará en el teatro de Parish el melodrama lírico en tres actos, de Chapí y Fernández Shaw, *Los hijos del batallón*.

El argumento de la obra está sacado del *Quatre-vingt-treize*, de Victor Hugo. Fernández Shaw ha logrado hacer un libro hermosamente hablado, en el que se reúnen situaciones interesantísimas y conmovedoras.

Con habilidad de maestro, Fernández Shaw ha sabido hacer que destaquen briosamente todas las figuras principales del conmovedor y sangriento episodio que tan magistralmente trasladó Victor Hugo á su *Quatre-vingt-treize*.

Chapí ha compuesto una partitura grandiosa, inspirada, de lo mejor entre lo mucho bueno que ha escrito.

Inmenso es el final del segundo acto, tanto por el número musical que es valiente, poético y maravillosamente adaptado á la emocionante situación, cuanto por ésta, hermoso contraste de ternura, delicadeza y brío.

La instrumentación es rica, hecha con ese talento que todos, amigos y enemigos, reconocen en Chapí.

El dolor de la pobre madre que anda errante por la campiña de La Vendée buscando á sus tres hijos está admirablemente reflejado en el aria que el maestro ha escrito.

Grandioso es también el concertante en que el batallón republicano de París pide á su comandante ir á la vanguardia al asalto de la torre en que el marqués de Lantenac tiene en rehenes á los ahijados del batallón.

Notabilísimo el terceto del tercer acto y, ¿á qué seguir?, habría que enumerar toda la partitura.

Avelina Corona, Casañas, Soler, la Fabra, Gamero y González, que son los principales intérpretes de *Los hijos del batallón*, han hecho estudio concienzudo de sus papeles respectivos.

El Liberal

15-2-98

Vientos saludables

El Guadarrama teatral, aquel airecillo venenoso que se colaba en los pulmones de las empresas teatrales y producía la muerte fulminante, se echará vencido por las brisas de la primavera, que pléticas de vida y dinero han traspuesto ya los picachos de la sierra y prometen caer sobre Madrid para dar luz y alegría á nuestros ateridos corazones.

La capa y el gabán de pieles se recogen avergonzados en el arca del prestamista ó en la cómoda de la casa de huéspedes y gracias á Bartolo que inaugura un mes antes la temporada taurina, volverán los sombreritos cordobeses, las mantillas blancas, las lilas y las rosas.

¡Alestead, teatros de la corte!

La cristalina esfera

gira bañada en luz; bella es la vida

Se respiran aires de éxito.

Los ojos de los telones que me han servido de miradores en mi última correría parecían inmensos ventanales por do entraba el sol á torrentes.

Por los del Circo de Parish percibí aromas embriagadores que me hicieron estremecer de felicidad.

Los hijos del batallón, letra de Fernando Shaw, música de Chapí. De eso se trataba cuando me asomé á aquel escenario.

¡Vá allí á Chapí, el grande, al Chapí de *La tempestad*, de la *Fantasia morisca* y de *Música clásica*. ¡Vá al maestro Chapí, al compositor de frac y corbata blanca, cuya música parece hecha para que la oigan los grandes magnates, los privilegia los de la tierra.

¡Vá también al correcto, al atildado Fernández Shaw, haciendo un poema muy interesante de un episodio de *El noventa y tres*, de Victor Hugo.

Ambos artistas—Chapí y Fernández Shaw—se han entendido, se han estrechado la mano con efusión y se han abrazado, por último, amorosísimamente.

De este abrazo tal vez resulte un triunfo colosal para el arte lírico. Un triunfo que pueda llamarse *Los hijos del batallón*.

Avelina Corona, Valentín González, Casañas, Gamero y Soler, quizá compartan con los autores laureles y aplausos, y nada digo de la señora Fabra, porque tengo por indudable la victoria en papel que es inferior á su categoría artística.

Teatro de Parish

El jueves próximo se verificará en este teatro el estreno del melodrama en tres actos *Las hijas del batallón*.

El libro de esta obra está basado en la novela francesa *Quatrevingt treize*, de Victor Hugo.

Los señores Bassato y Amalio han pintado nueve decoraciones, y cuatro D. Adolfo Herreras, y el Sr. Gambardeta ha confeccionado el vestuario con arreglo á figurines del Sr. Taberner.

La acción del nuevo melodrama ocurre en la Vendée, á fines del siglo pasado, durante el período de la insurrección realista contra los gobiernos revolucionarios de París.

Como es tan crecido el pedido de localidades hecho para el estreno, la empresa se vé imposibilitada de poder atender á todos, y únicamente podrá satisfacerlos para las siguientes representaciones.

Imparcial
15-2-98

Parish.—Pasado mañana jueves estreno del melodrama en tres actos *Los hijos del batallón*, basado en la novela de Víctor Hugo, 93.

Los escenógrafos Sres. Busato y Amalio han pintado nueve decoraciones y cuatro D. Adolfo Herreras, y el sastre Sr. Gambardella ha confeccionado el vestuario con arreglo á los figurines hechos por el Sr. Taberner.

La acción del melodrama ocurre en la Vendée, á fines del siglo pasado, durante el período de la insurrección realista contra los gobiernos revolucionarios de París.

No pudiendo la empresa atender al crecido pedido de localidades hecho para el estreno, se ve imposibilitada de atender á todos, y únicamente podrá satisfacerlos para las sucesivas representaciones.

El Globo
16-2-98

Mañana se estrenará en Parish la zarzuela de Fernández Schaw y Chapi *Los hijos del batallón*.

Pocas veces ha despertado una obra tanta curiosidad como la que mañana se estrena. Del libro se cuentan primores verosímiles, más aún, seguros, conociendo á su autor, que, inspirándose en *El Noventa y tres* de Víctor Hugo, ha compuesto un melodrama lleno de interés y de primores de lenguaje, según autorizadas referencias.

El maestro Chapi ha derrochado su inspiración en la partitura, y la empresa no ha omitido gasto de ningún género. En suma: el estreno de *Los hijos del batallón* será un acontecimiento.

Y esto no es reclamo, porque resultaría innecesario. Para la función ya no hay billetes.

La Correspondencia de España
16-2-98

MIGUEL SOLER

y

LOS HIJOS DEL BATALLÓN

—La verdad es que no debían ustedes fumar ni consentir que fumemos en los ensayos.

La ley debe ser igual para todos, y lo que de noche se ha prohibido y aunque parezca mentira, ¡ya se cumple! No debe autorizarse en las horas «íntimas» del teatro, porque también en este momento hay aquí señoras,

y también cantan y declaman los artistas. Para cuyas gargantas es perjudicialísimo el humo del tabaco.

Así le decía yo, tardes pasadas, á Miguel Soler, el habil y concienzudo director de escena del Circo de Parish, en cuyo cargo es una autoridad por todos reconocida y acatada.

—Déjese usted de «guasas», amigo mío, y atienda al ensayo, y calcule usted lo que habré tenido que trabajar para meter ahí dentro todo lo que exige y necesita la representación de *Los hijos del batallón*.

Verdaderamente, el escenario de Parish es un «cajoncito de pasas», inverosímil por su pequeñez y extrañas proporciones. Escenario de pantomimas, de cuadros vivos, ventrilocuos y dioramas, parece increíble que el Sr. D. Whilliams, tan interesado en alquilar la finca, no lo haya reedificado ya. Miguel Soler, en ese coliseo, realiza con su gran talento un verdadero colmo: ser director de escena... *sin escena*.

Tres carros esperaban la otra mañana en la plaza del Rey, á que les descargasen. Traían del taller las decoraciones, «trastos», apliques y practicables de la nueva zarzuela de Fernández Shaw y Chapí. Y fijándose en aquel bosque de madera, y en aquella enorme cantidad de lienzos no se explicaba uno cómo cabría semejante aluvión en un escenario que no tiene foso y cuyos toldos apenas sirven para colgar pañuelos.

Pues todo entró y todo se colocó. Miguel Soler y Analio Fernández, con el compás y el tiralíneas y el plano, han hecho la plantación de las 13 decoraciones, realizando para el acomodo de algunas un verdadero milagro.

En el acto primero el BOSQUE DE SAUDRAIE, dos SELVAS cortas y la GRANJA DE LAS TRES CRUCES; en el segundo acto el CASTILLO DE LANTENAC y TRINCHEEA, un BOSQUE, el SALÓN DE LA TORRE, otra SELVA y el CASTILLO DE LA TORRE DEL ÁGUILA, y en el tercero una PLAZA, una CALLE corta, el CALABOZO DE LANTENAC, una SELVA... Todos esos telones con su complicadísimo aditamento de practicables «rompimientos», etc., todo está ya listo y acoplado en el... «cajoncito de pasas».

—¿Sabe usted lo que digo, Miguel?

—¿Qué?

—Que esto es saber... «comprimirse».

—¡Calle usted, por Dios! ¡Qué fatigas, qué dificultades! Desde que puse la ópera *Carmen* en Jovellanos, el año 1887, ¿se acuerda usted? no he tenido obra que me haya dado peores ratos y más guerra.

—¿Ni la... *Guerra Santa*?

—Ninguna. ¡Quién me pusiera ahora en «mi casa», como yo llamo al teatro de Jovellanos! Allí daba gusto trabajar. ¡Qué escenario! ¡cómo lucía todo! Mientras que... aquí... Pero, está bien, ¿verdad? resulta, y sobre todo, no es posible sacar mejor partido.

Y Miguel Soler, con ese entusiasmo ardiente que siente por el arte escénico, sigue trabajando y diciendo á los maquinistas:

—¡El forillo, ya sabeis, en ese lado, donde lo podais coger pronto; el telón de la GRANJA á todo foro!... ¡acordarse, por Dios!

Hace mes y medio que Soler se ha domiciliado en Parish, para atender en todos sus detalles á la difícilísima preparación de *Los hijos del batallón*.

Le llevan el almuerzo y la cena del café de Cervantes (donde á diario también almuerza hace diez días Fernández Shaw); el café del «Guernikako Caffé»; la cajetilla de cigarros del estanco de la calle de Alcalá, y la cama de... ninguna parte, porque son muchas las noches en que terminada la función, se queda velando para «probar» una decoración ó dar el último repaso al coro de niños.

Soler es alicantino y fué en su infancia infante de coro en la Colegiata. Sus aficiones fluctuaron largo tiempo entre la Iglesia y el teatro. Se decidió por éste y fué ensayista predilecto de los públicos, del

madrileño especialmente, pues casi no ha salido de la corte desde que debutó el año 1875 en el teatro de Apolo. Sus aptitudes, su ilustración y las condiciones de carácter que posee, han hecho de él un insustituible director de escena.

Como practicaron sie apre casi todos los autores, Fernández Shaw le entregó en diciembre el manuscrito de *Los hijos del batallón* y le dijo: «Esto he pensado y esto deseo,» y... y no volvió á parecer por el teatro hasta que Soler le escribió: «Venga usted, ya puede verse algo.» Y acudió al llamamiento, y presenció el ensayo, y cuando acabó subió al escenario y abrazando á Miguel le dijo: «Admirable, así lo había yo imaginado; no falta ni sobra nada.»

Cuando el público asista mañana al estreno del melodrama lírico, y admire aquella pintoresca agrupación de escenas que forman los tres actos; y se fije en los cuadros, «verdaderos cuadros» en que se ofrecen al espectador determinados episodios de la obra; y vea las masas de comparsas, y la «vida» de todas las agrupaciones, y la difícil colocación de todas las importantes «figuras» que intervienen en la acción; las mutaciones, los efectos de luz, tendrá que pedir por aclamación que á ese director de escena se le conceda el «tercer entorchado», y la cruz laureada de... resistencia física.

Chapí no había escrito ninguna obra en tres actos, desde su celebradísima *Mujer y reina*; Fernández Shaw, es esta la vez primera que «hace» género grande. La expectación, por consiguiente, que el estreno de *Los hijos del batallón* produce, está muy justificada.

La «zarzuela clásica» vive este año brillantísimamente en el circo de Parish. Pero ha gastado del *capital*, y hacia falta estrenar, para vivir de los... *intereses*. No se recuerda allí temporada de más dinero que esta. 136 funciones (sin contar las *tardes*) explotando solo una parte del repertorio, prueban el agrado con que el público ha acogido la reaparición del género que tantos días de esplendor proporcionó á la escena lírica nacional.

Parish está desconocido: público selecto, no se fuma, silencio respetuoso; á una entrada con colmo, sigue un lleno de los que «meten miedo», y *Marina* se canta 41 veces, y producen sus representaciones alrededor de medio millón de reales. ¡Cómo hubiera gozado (y no por el vil metal) el bonísimo D. Emilio Arrieta, viendo esto!

—Sería muy curioso saber el número de personas que han desfilado por el teatro en lo que va de temporada—le dijeron un día á D. Manuel Figueras.

—Ya lo creo. Y fácil. Va usted á verlo. En el teatro caben 3.600 espectadores.

—¿Nada más?

—¡Le parece á usted poco!

—No, señor; pero como dicen, y yo mismo lo he creído muchas veces, que es de... *goma elástica*...

—Pues, 3.600. Llevamos 136 funciones; de ellas y con las de *tarde*, se puede asegurar que 100 han sido llenos. Con que multiplique usted: 100 por 3.600, igual á 360.000 personas. Y agregando las entradas flojas (con las que se llenaría Jovellanos, y «no se cabría», en Lara ó Eslava) y calculándolas en un tercio de la cabida, ó sean 1.200 almas, por 36 funciones, dan una cifra de 43.200, que unidas al anterior, suman en conjunto 403.200 personas.

—De... salud sirva.

El melodrama *Los hijos del batallón* está inspirado en un episodio de la famosa novela de Víctor Hugo *Quatre-vingt-treize*.

Fernández Shaw ha procurado hacer un trabajo poético é interesante.

Domina en el melodrama la ternura; la nota delicada y dulce. llantes. Guste ó no (que en esto, y teniendo en cuenta los... 3.600 espectadores que «hace» el local, cualquiera vaticina) la intención de Fernández Shaw es meritísima.

Y si es verdad aquello de que de *tales padres tales hijos*, esos del *Batallón* deben de ser excelentes, como ilustres lo son el «inspirador» de la obra, el libretista, el maestro, los pintores (Busato y Amalio) y el... director de escena.

El estreno llega oportunamente, cuando el teatro, «caldeado» por los éxitos y las simpatías hacia los artistas que en él actúan tiene vida propia, exuberante, y tiene «partidos» (como la política), y agrupaciones (como las Cámaras parlamentarias). Estos, entusiastas de Casañas; aquéllos, de la señorita Corona, inmejorable artista, toda corazón y fuego; los otros, de Figuerolita (como le llaman sus amigos), y los de más allá de Gamero (á quien yo me permito apellidar el *hombre de hierro* por su resistencia para el trabajo), del veterano y buen artista Navarro; de Valentín González, que es un actorazo; de Encarnación Fabra, tan inteligente; de Josefina Landy, tan festejada; de Querol, cantante excelentísimo; del infatigable director de orquesta, Narciso López, etc.

Hasta díjérase hay allí... caballeros del Santo Sepulcro (si vale traer á colación la frase): son los partidarios del popular Eduardo Berges, cuya desaparición realmente se nota mucho, y se notará más si la obra nueva gusta y alcanza seguidas, de primera intención, las representaciones que sumaron *La tempestad* y *La bruja*.

Con poquito, pues, que «se traigan» *Los hijos del batallón*, se llevarán al público de calle.

Se han construido 13 decoraciones, de las que ha pintado tres el joven escenógrafo Sr. Herrera; Ruperto Chapí ha escrito 16 números acerca de los cuales nada he de decir si no que forma una verdadera ópera

Y en el acto segundo hay una verdadera sorpresa, que...

—No diga usted nada de eso—me avisó Chapi.

—Descuide usted maestro. En estas cosas si que interesa y es discreto guardar el «secreto del sumario.» Iba á decir esto: un «efectazo» que unido á figurar en el reparto todos los primeros actores, casi dan la seguridad de un triunfo.

En primer término celebraré que así suceda por el director de escena, por Miguel Soler por el que almuerza y cena del café de Cervantes, y no sabe á qué sabe la cama hace ya muchas noches.

En el ensayo de ayer, al oír el «número» de salida del tenor en el acto primero, le decía á Casañas un notable autor dramático:

—Amigo: buena *convilá* le ha largado á usted el maestro.

Esa pieza musical es efectivamente agudísima y de verdadero empuje.

El tenor le contestó:

—Sí, señor; pero ninguno de nosotros puede darse por ofendido. Si se espera usted á todo el ensayo, verá que D. Ruperto... nos ha «convilado» á todos.

Enrique Sepúlveda.

96
El Estándarte
14-2-98

Parish

Como tenemos anunciado, esta noche se verificará el estreno del melodrama en tres actos *Los hijos del batallón*, basado en la novela francesa de Victor Hugo *Quatrevingt-treize*.

Para esta obra han pintado nueve decoraciones los señores Busato y Amalio y cuatro don Adolfo Henerds, así como el sastre, Sr. Gambardela, ha confeccionado el vestuario con arreglo á los figurines del Sr. Taberner.

La acción del nuevo melodrama ocurre en la Vendée, á fines del siglo pasado, durante el período de la insurrección realista contra los gobiernos revolucionarios de París.

El Heraldó-14-2-98

ESPECTÁCULOS

Guía del espectador.—En Parish, estreno de la zarzuela melodramática *Los hijos del batallón*.

—En el Real, debut del tenor Bertran, con la ópera *Carmen*.

Apolo.—El sábado se verificará en este teatro el estreno de la zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, titulada *El santo de la Isidra*.

Se preparan en este teatro variadas funciones de tarde para el domingo, lunes y martes de Carnaval.

Entre las escogidas obras que se pondrán en escena figurará, por vez primera en función de tarde, el popular sainete musical *La revoltosa*.

Se admiten encargos en contaduría para estas funciones.

La Epoca

Según hemos anunciado, esta noche se celebrará en el teatro de Parish el estreno del melodrama lírico en tres actos de nuestro querido compañero Sr. Fernández Shaw, música del eminente maestro Chapí, *Los hijos del batallón*.

En esta obra se estrenarán las siguientes decoraciones de Amalio Fernández:

En el acto primero el bosque de Saudraje, dos selvas y la granja de las Tres Cruces; en el segundo acto el castillo de Lantenac y trinchera, un bosque, el salón de la torre, otra selva y el castillo de la Torre del Aguila, y en el tercero una plaza, una calle corta, el calabozo de Lantenac, una selva...

Como el escenario de Parish no tiene foso y es muy pequeño, el director de escena, Sr. Soler, ha tenido que hacer prodigios de habilidad para que puedan colgarse tantas decoraciones.

Funciones para hoy

Real A las 8 $\frac{1}{2}$ —(Función 67 de abono. Turno 1.º)—Carmen.

Español A las 8 $\frac{1}{2}$ —(16 jueves de abono.)—La duda.—Los dos sordos.

Princesa A las 8 $\frac{1}{2}$ —(Turno 1.º—Mo-da).—La corte de Napoleón.

Parish A las 8 $\frac{1}{2}$ —(138 de abono.—13 de la 5.ª serie.—Turno par.)—Los hijos del batallón (estremo.)

Lara A las 8 $\frac{1}{2}$ —(3.ª de abono.—Turno 3.º impar.)—En una sección: Las hormigas y Tute de novios.—Mimó.—(Segundo acto de la misma.)—En una sección: Las cuatro esquinas y Sonambulismo.

Apolo A las 8 $\frac{1}{2}$ —Las mujeres.—Fotografías animadas.—La revoltosa. El reloj de cuco.

Zarzuela A las 8 $\frac{1}{2}$ —La viejecita.—Los camarones.—Campanero y sacristán.—La guardia amarilla.

Parque Rusia Patines y montaña rusa todo el día.

Salón Sport (Carrera de San Jerónimo, 29.)—Carreras ciclistas por distinguidas señoritas, de tres á siete tarde y de nueve á una de la noche.

Salón Zorrilla (Reina, 8).—Todos los días grandes asaltos de florete por distinguidas señoritas, con apuestas mutuas.

Salón Pedal (Alcalá, 31.)—Carre-rasciclistas por distinguidas señoritas y notables corredores, y en los intermedios tiro al blanco por bellas señoritas convenientemente adiestradas.—De cuatro á ocho tarde y de diez á una noche.—Entrada, 50 céntimos.

Proyecciones luminosas animadas Alcalá 15. Sesiones diarias de tres á siete y de ocho y media á doce. Entrada, 1 peseta. Los niños 50 céntimos.

95 bis



NUEVO MUNDO.—2 Marzo 1898

TEATRO DE PARISH

LOS HIJOS DEL BATALLÓN

¿QUIÉN no conoce la famosa novela de Víctor Hugo, *El Noventa y tres*, en la cual se retrata magistralmente la lucha de los vendedanos contra la revolución? Carlos Fernández Shaw, encontró adaptables á la escena española aquellos episodios sangrientos, y puso mano á la tarea á fin de pergeñar un libreto que diera margen á Chapí para escribir una partitura grandiosa.

Los hijos del batallón, que es el título del arreglo hecho por el aplaudido poeta, ha sido estrenado en el favorecido Circo de Parish, logrando un éxito halagüeño, en el que le corresponde la parte de león al fecundo maestro Ruperto Chapí. La noche en que se verificó el ensayo general de la nueva zarzuela, ocupaba la casi totalidad de la sala, un público docto, digámoslo así, formado por actores, cantantes, críticos, periodistas, músicos, «mónstruo» descontenta-

el «marqués de Lantenac», el fiero aristócrata que pierde la libertad por librar á los tres niños de una muerte horrible en el incendio del castillo.

El desafío entre el «marqués y el vizconde de Gouvin» es imponente, y produce emoción en los espectadores, que sienten la muerte del valiente oficial republicano.

La empresa de Parish, que ha sostenido con bizarria la zarzuela clásica, es digna de las preferencias que los madrileños la conceden. Ha puesto en escena *Los hijos del batallón* con lujo en el vestuario y con excelente decorado de Amalio y Bussato.

En el desempeño de la obra de Chapí y Shaw, se distinguen las Sras. Corona y Fabra, y los Sres. González, Soler, Gamero y Casañas. Los coros, bien. La orquesta, reforzada con quince profesores, ejecuta con *amore* la partitura del popular maestro.

Ahora esperemos una nueva producción del distinguido redactor de *La Epoca*, pero que sea original. A ello le obligan sus repetidos triunfos. Será labor meritoria la de en-



ACTO II.—Maldición de Centellas.—SR. GAMERO, SRA. FABRA, SRES. CASAÑAS Y SOLER

dizo y exigente, no muy dado á prodigar sus aplausos.

Y este juez severo, se entregó sin condiciones ante la inspiración de Chapí, aunque puso algunos reparos al libro, lo cual constituye la más calurosa alabanza de la música de *Los hijos del batallón*.

Al día siguiente, el público de veras, sancionó el fallo de los del oficio, y escuchando las notas gallardas de la última partitura del insigne compositor, sintió circular por sus venas el fuego del entusiasmo, y aclamó delirante á Chapí, en el terceto sublime del cuadro primero, cantado briosamente por Soler, González y Querol, y en otros números modelos de inspiración y de frescura, que prueban cuan privilegiada es la naturaleza artística del autor de *La Tempestad*.

En el libro, el Sr. Fernández Shaw ha preparado hábilmente, en el segundo y tercer acto, situaciones de intensa fuerza dramática. En los fotograbados las reproducimos fielmente: la maldición de Centellas es de gran efecto, así como la salvación de los «hijos del batallón», realizada por

tablar una noble lucha con el género *chico*, en lo que tiene de descocado y chabacano, porque en él existen obras juguetonas que recrean y son verdaderas manifestaciones del arte cómico.

Las zarzuelas en tres actos agradan hoy lo mismo que en la época de Arrieta, Gaztambide, Camprodón y Olona. El milagro de la resurrección consiste en que obtengan esmerado desempeño, y en que se refresque el repertorio con nuevas producciones de valor.

Para conseguirlo, bastará el esfuerzo de algunos aplaudidos escritores y de los maestros que pueden abordar el árduo problema musical.

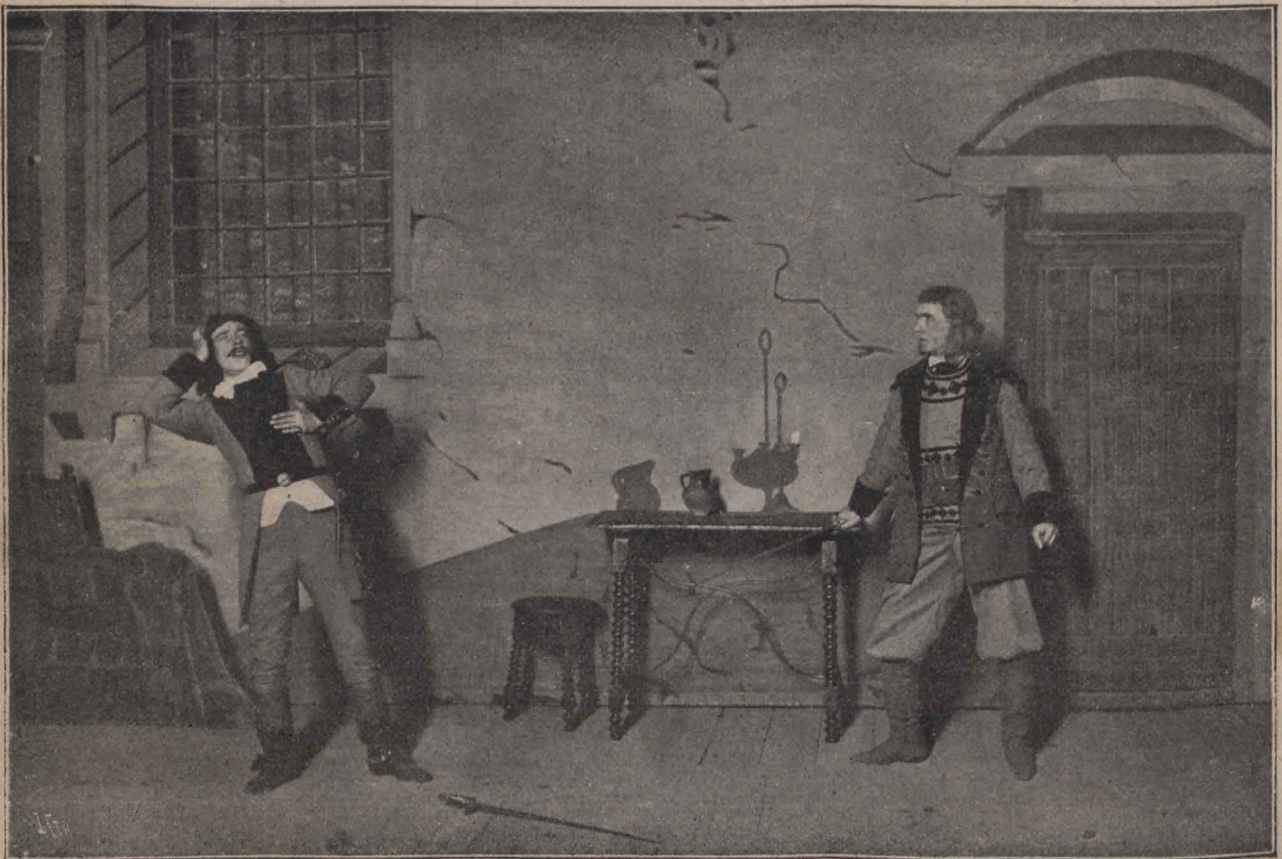
El público responde siempre que se le llama con producciones escénicas conmovedoras, lo mismo en el drama que en la zarzuela, y la demostración nos la ofrece el Circo de Parish, que ha realizado un negocio envidiable, desenterrando algunas joyas líricas antiguas.

¿No tentará el brillante resultado á la gente nueva?

F. LL.



FINAL DEL ACTO II.—SALVAMENTO DE LOS NIÑOS.—SR. CASAÑAS, SR. GONZÁLEZ, SEÑORAS FABRA Y CORONA



ACTO III.—DESAFÍO DE LANTENAC Y GAUVAIN
Fóts. hechas expresamente para NUEVO MUNDO por Amador

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

PARISH

LOS HIJOS DEL BATALLÓN, drama lírico basado en la novela de Victor Hugo «Noventa y tres», letra de D. Carlos Fernández Shaw, música del maestro Chapí.

El interés que despertaba este estreno era extraordinario.

Desde que en el circo de Parish se había resucitado hace cinco meses con tanto éxito la zarzuela *grande*, había vivido aquel teatro exclusivamente del repertorio, y era general el deseo de ver obras nuevas.

Los más ilustres maestros españoles llevan algunos años de no poder emplear su talento é inspiración sino en obras ligeras del llamado género *chico*; había, pues, verdadera ansiedad de escuchar una partitura seria, una verdadera zarzuela, una obra importante.

El nombre de los autores de *Los hijos del batallón*, poeta inspiradísimo el uno, compositor insigne que ha ilustrado la música española con páginas gloriosas, el otro, era aliciente poderoso para avivar la curiosidad y el interés, dando al estreno de anoche el carácter del acontecimiento musical de la temporada.

La inmensa sala del teatro Parish estaba completamente llena, y el público de palcos y butacas se componía en gran parte de eso *todo Madrid* elegante de las grandes solemnidades, de los literatos más ilustres y más populares y de cuantos cultivan el arte musical ó se interesan por él.

Grandes, grandísimas eran las esperanzas que había hecho concebir la obra.

Cuando es tanto lo que se espera, todo suele parecer poco.

Y si en estas condiciones, sin una sola protesta, los autores fueron llamados á escena y calurosamente aplaudidos en ella cuatro ó cinco veces al final del primer acto, y otras tantas al terminar el segundo y final de la representación; no se puede negar que *Los hijos del batallón* ha obtenido un éxito grande, que el público habrá de confirmar en las sucesivas representaciones de la nueva zarzuela.

El argumento del libro está tomado del episodio más interesante y más tierno del *Quatre-Vingt-Treize*, de Victor Hugo.

Para los que hayan leído el libro del gran poeta francés—que serán los más de nuestros lectores—no es necesario relatar aquí punto por punto el argumento de *Los hijos del batallón*, relato que además aguaría el placer del interés melodramático, á los que sin conocer la obra de Victor Hugo, vayan á ver la zarzuela de Fernández Shaw.

Indicaremos solamente cuál ha sido la labor del autor español y cuáles son los resultados obtenidos.

Para ceñirse solamente al drama á que da lugar el episodio de los tres niños, adoptados en el bosque de la Saudraie por el batallón republicano de París, que lucha en la Vendée contra los realistas, mandados por el marqués de Lantenac, ha suprimido Fernández Shaw la figura más grandiosa quizás del libro de Victor Hugo: la de Cimourdain; quedando solo frente á frente las del marqués de Lantenac, noble y simpática, y la de su sobrino, el ex vizconde de Gauvain, algo empequeñecida bajo el solo aspecto que se nos presenta de fanático revolucionario, sin que baste á redimirle ante los ojos del espectador su generosa manera de morir á manos del noble vendeano.

Claro está que si se hubiese conservado en el drama la figura de Cimourdain, es lo probable que el desenlace hubiera sido el mismo de la novela, y entonces la obra habría llegado, en su último acto, á las sublimidades de la tragedia á que con tal grandiosidad llega Victor Hugo en *Noventa y tres*, y acaso ha querido el autor español no salirse de los límites del melodrama interesante, más propios de la zarzuela, evitando tocar la nota terrible y pulsando solamente la de la ternura.

Todo tiene sus inconvenientes; y el haber desarrollado en este sentido el argumento, tiene la desventaja de hacer desmayar un tanto en el acto tercero el interés que mantuvo en creciente tensión el ánimo del espectador hasta la situación final del acto segundo, situación, por cierto, de un efecto dramático grandísimo, y que valió el triunfo mayor de la noche al libretista.

Este merece ante todo sincero elogio por la sobriedad y delicadeza con que ha hecho nacer el cariño de los espectadores hacia los tres hijos adoptivos del batallón revolucionario, por la nobleza con que ha hecho vivir en la escena la figura del marqués de Lantenac, la destreza en sostener el interés dramático hasta ver en salvo á las tres interesantes criaturas, la gallardía en la pintura del simpático carácter del sargento Radoub, y la fácil y correctísima forma literaria del libro, lo mismo en el diálogo que en los cantables.

El maestro Chapí ha escrito una hermosa partitura sobre el libro de Fernández Shaw.

Es esta, quizás, una de sus más importantes obras musicales.

Apartándose de toda rutina, sirviendo siempre admirablemente la situación, siendo ante todo autor dramático, dando á cada personaje y á cada escena su verdadero carácter con fecunda inspiración, y el profundo conocimiento del arte musical—la ciencia pudiéramos decir—que sólo poseen los grandes compositores modernos, su partitura de *Los hijos del batallón* merecería un análisis más detallado y más hondo del que permite la hora avanzada á que escribimos y el espacio de que disponemos.

Sólo podemos dar aquí unas primeras impresiones, y entre éstas domina sobre todas las que nos ha producido el hermoso

terceto del primer acto—muy bien cantado por cierto por Valentín González, Soler y Querol—número que por sí solo vale una partitura. Hay en él grandiosidad, nobleza, un dominio admirable de la situación, una orquestación descriptiva maravillosa, un colorido magistral.

La ovación grandísima que se hizo á Chapí, tanto al terminar la primera vez el terceto, como á su repetición, fué justo premio y bastó para asegurar el éxito de la obra.

El número de presentación de los niños muy bien sentido y delicadamente expresado; la marcha de los vendeanos, de un puro carácter de la época; la canción coreada de la cantinera; el coro de mujeres del segundo acto, de corte elegantísimo y gran inspiración en la melodía; el aria de tiple, tan admirablemente sentida por el compositor y dicha con tanto arte por la Srta. Corona, que el público confundió á ambos en espontánea ovación; toda la escena final del segundo acto, en que voces y orquesta están manejadas con tan gran arte, son páginas que honran á Chapí y de las mejores suyas.

Algo más se hubiese aplaudido el brillante número de salida del tenor en el primer acto y el aria del mismo en el tercer acto si el Sr. Casañas hubiese estado más feliz de lo que anoche estuvo. El tenor de *Los hijos del batallón* no parecía el mismo que tanto hemos aplaudido en *Marina* y en otras obras.

Y ya que después de aplaudir, como es justo, á libretista y compositor, hemos llegado á hablar de la interpretación, no insistiendo sobre la poca suerte que tuvo la parte del tenor, hagamos la mención que merecen, en primer término, la señorita Corona y Valentín González (Lantenac) irreprochables en sus respectivos papeles, como cantantes y como actores; la señora Fabra excelente en el de la Cantinera; Gamero infatigable y acertadísimo en el sargento Radoub; Querol y los demás artistas en los suyos.

Capítulo aparte merece Miguel Soler, que además de cartar y decir muy bien su parte de Centella, ha puesto en escena *Los hijos del batallón* venciendo las dificultades que ofrece un escenario minúsculo y de malas condiciones, teniendo que mover centenares de personas y catorce decoraciones obteniendo un resultado admirable y sin el más ligero tropiezo.

Premióle el público haciéndole compartir los honores de la escena con los autores y con los escenógrafos Busato y Amalio, cuyas decoraciones son muy artísticas, habiéndose aplaudido más especialmente la de la granja incendiada y las dos del castillo.

La orquesta y los coros, inmejorables.

Ricardo Blasco.

El País

EN PARISH

“LOS HIJOS DEL BATALLÓN,”

Chapi y Fernández Shaw han triunfado en toda la línea con su última obra, demostrando una vez más, el uno sus dotes de maestro indiscutibles, *Carlitos* sus «conocimientos teatrales» y su talento de autor (que es un talento como otro cualquiera).

Los hijos del batallón es un melodrama lírico, altamente «melodramático». Las grandes dificultades que para su adaptación presenta el interesante episodio que narra Victor Hugo con su pluma maravillosa en *El noventa y tres*, han sido salvadas por Fernández Shaw con gran éxito: el público desde el primer acto se declaró en favor de los «chicos» y al final de todos (los actos) tuvieron los autores que presentarse en escena repetidas veces.

El argumento es de sobra conocido para ser relatado; los caracteres resultan simpáticos y bien dibujados, y la nota dramática, quizá algo recargada ya se sabe encuentra siempre eco en el público sano y fácil de conmover; así es, que se comprende y se explica el éxito franco y decidido de *Los hijos del batallón*, que serán con seguridad los «niños mimados» del público de Madrid, durante muchas noches; ¡lástima que tengan que acostarse tan tarde!

La música, la música, merece párrafo aparte. Chapi ha escrito una partitura inspiradísima, como todas las suyas, en la que abundan los efectos instrumentales, las originalidades de factura, la brillantez y el colorido dramático.

Aún luchando con la semejanza de situaciones, que había de enfrenar su inspiración con enervante monotonía, ha vencido y ha vencido en buena lid.

Desde el preldio se advierte ya la experta mano del maestro colorista: en esta pieza halláanse barajados con arte los motivos más culminantes y que son por decirlo así el génesis de la obra.

El brillante terceto de Santenac y sus dos secuaces, es una de las piezas de mayor efecto de la partitura.

En el segundo acto descuella el hermoso final de un gran efecto plástico y muy bien servido, musicalmente, y en el tercero es de notar el aria del tenor, de mucha novedad y gran sentimiento.

En resumen, una partitura importante que viene a aumentar dignamente el bagaje artístico del eminente maestro Chapi, gloria legítima del arte músico español.

Y ahora hablemos de la interpretación. Si la zarzuela de Chapi y Fernández Shaw no tuviese otros méritos literarios y musicales, siempre sería una obra digna del aplauso de todos; ha demostrado sin género alguno de duda, que Casañas es «completamente tonto». Parece mentira que un sólo hombre pueda tener tantas condiciones malas, falta de tablas como se dice en el argot teatral, falta de figura, porque más que comandante de la República era el «cabo Parejos» de la obra de Celso Lucio, falta de voz, porque cantó horriblemente, abogándose y echando mano de todos los recursos súctos los dos números de verdadero empuje (y ustedes perdonen la frase) que tenía en su papel.

La Corona y la Fabra muy bien en sus papeles, así como Valentín, que se hizo aplaudir en varias escenas y Camero, que hizo un sargento admirable.—P.

TEATRO DE PARISH

Los hijos del batallón, melodrama en tres actos y quince cuadros, letra del Sr. Fernández Shaw, música del maestro Chapi y decoraciones de Busato, Amalio y Hererras.

Dicen los que tienen motivos para saberlo que en el local que ocupa el teatro circo de Parish caben 3.600 espectadores; pero puede darse por cosa cierta que este cálculo es equivocado, porque anoche cupieron en aquel teatro más de 4.000 personas. Unase á esto que de estas 4.000 personas fumaban más de mil, que otras mil emitían su pensamiento en alta voz—y algunas con más voz que el tenor Casañas—y que otras regañaban empleando la misma fraseología que se estila en el 4 ó en el 10 de la plaza de toros, y se comprenderá la razón con que no pocos concurrentes exclamaban:

—Esta es la primera de abono.

¿No podría el señor Gobernador civil, dando de mano por unas horas al tráfico electoral en que anda ocupado, dictar algunas disposiciones enérgicas para evitar que un teatro como el de Parish, en el cual actúa una compañía seria, se parezca á un circo taurino?

* *

Dicho esto á manera de prólogo y sin esperanza de que sea atendido, hablemos de *Los hijos del batallón*.

El sólo hecho de acomodar á la escena episodios tan complejos como los que se desarrollan en *El noventa y tres*, de Victor Hugo—historia novelesca de aquella página que el pueblo francés escribió con sangre de Reyes,—demuestra una cosa harto plausible y poco común en estos tiempos; demuestra en el autor que á ello se atreve, una cantidad de alientos casi casi incalculable.

Conociendo la obra del autor de *Los Miserables*, con sus espléndidos pasajes llenos de fantasía, y con sus grandes efectismos, más líricos que épicos, y vista la labor del Sr. Fernández Shaw, hay que aplaudir á éste y darle toda clase de parabienes. El arreglo es perfecto; el original está íntegro, y el elemento dramático, que es tan dulce y tierno como interesante, admirablemente utilizado, siquiera se advierta alguna languidez en su desarrollo, y principalmente en su desenlace.

El melodrama que el Sr. Fernández Shaw ha sabido confeccionar con los hechos más salientes que el batallón de voluntarios de París realizó, persiguiendo al furibundo realista Marqués de Lantenac, da á aquel reputado autor un grado más, el de doctor, en la carrera que sigue con tanta gloria como provecho.

Juzgando de lo que el Sr. Fernández Shaw es capaz de hacer, por lo que ha hecho en *Los hijos del batallón*, puede esperarse confiadamente en el nacimiento de un batallón de hijos suyos, guapos y rozagantes, que, acrecentando su fortuna, añadan también buenos ejemplares á la buena dramática.

Así se lo demostró anoche el público, aplaudiéndole muchas veces, y así deseo yo que suceda.

* *

Basada la obra, como es sabido, en aquella noble y espontánea adopción que el batallón de voluntarios de París hace de los pobres hijos de Micaela, robados á la ternura del hogar por el horror de la guerra, á esto ha reducido el libretista todo el interés del melodrama, y alrededor de esto gira toda su acción.

A esto también ha subordinado el maestro Chapi su trabajo, escribiendo muchos números de música, de esa que el gusto de ahora califica de poco teatral; pero que se saborea y se aplaude, según dicen, oyéndola mucho.

Entre la inspiración que el propio maestro demostró en *La tempestad*—modelo de música dramática y de composición seria—y la que campea en *Los hijos del batallón*, hay, realmente, mucha distancia. No diré yo que esa distancia señale para la última obra del maestro puesto menos preferente; pero sí digo que existe esa distancia, aunque los gustos que ahora profese el Sr. Chapi y el modernismo revolucionario que á la música ha traído la fiebre wagnerista expliquen hasta cierto punto su nueva manera de hacer.

99

De *Los hijos del batallón* quedarán seguramente todos los números en el repertorio clásico; pero se cantarán pocos con el gusto, con el deleite con que se cantan siempre aquellos de *La tempestad*, que todos los aficionados á la música saben de memoria.

Libreme Dios de pretender que estas palabras sean una censura para el ilustre autor de tantas y tan excelentes páginas musicales; pero valga decir que esta opinión, que es la de un profano, era la más generalizada entre los inteligentes que anoche acudieron, como yo, á escuchar y aplaudir á Chapi.

Fueron repetidos un precioso terceto del primer acto—el mejor número de la obra—y un

paso doble del último, y todos ellos aplaudidísimos.

* * *

Ejecución. Esmerada por parte de todos, y singularmente por las señoras Corona y Fabra y los señores Casañas, Valentin, Gamero, Soler y demás artistas que en ella intervinieron.

Los señores Chapi y Fernández Shaw, los pintores escenógrafos y las actrices y actores nombrados, recibieron muchas y justas ovaciones al final de todos los actos de la obra.

Están, pues, todos de enhorabuena, y principalmente la Contaduría.

Rafael Solís.

El Progreso

PARISH

«Los hijos del batallón»

Llevé al teatro mis mejores deseos; quería aplaudir, felicitar á los autores y hacer una revista á gusto mio; una revista llena de elogios, de plácemes y enhorabuenas. Confiaba en la cultura de Fernández Shaw, en su exquisito buen gusto de poeta delicado y fino, demostrado muchas veces en obras de menos elevación que la estrenada anoche, y, por lo tanto, menos acondicionadas al talento del ingenioso coautor de *La revoltosa*.

Todo esto aparte, reconocido y concedido en justicia, preciso es confesar que el estreno de anoche es una equivocación lamentable.

Es *El noventa y tres* destrozado, profanado, convertido en melodrama Vallegil, sangrando lo cursi y lo espeluznante. Si los *momentazos* escogidos por el autor para conmover al público, sin conseguirlo nunca, hubieran sido de su invención, *sacados de su cabeza*, aun podría perdonársele algo el desmayo del lenguaje, lo forzado y violento de las situaciones, lo atropellado y terrorífico de aquellos episodios abrumadores, *crudamente* insoportable; tendría en su favor una inventiva abundante, aunque folletinesca, una fecundidad envidiable después de todo.

Pero se trata de una entrada á saco, irrepetuosa y sacrilega (para mí al menos) en una obra maestra, y eso es imperdonable en un ingenio como el de Fernández Shaw. Creo que dicho señor poeta ha nacido para otra cosa que para la parodia ridícula; creo que debe dejar á los pobres vates de guardilla el triste recurso de *ofender á Zaragoza, Bailén, el Empecinado, etc.*, con sus ladridos patriótico-famélicos; me parece que no se respeta, que no se quiere bien, poniendo las manos pecedoras en asuntos tales como *El noventa y tres*; audacia, despreocupación ó lo que sea, que pone en ridículo al más pintado.

En *Los hijos del batallón* hay desigualdades horribles, y esto es lo que produce peor efecto; hay trozos enteritos de la novela de Víctor Hugo (cortados de la traducción que corre por esos folletines) al lado de escenas originales que dan ciento y raya á lo más escogido de nuestra dramaturgia de latón.

El sargento Radub es ahora un tipo cómico, que no hace reír á nadie, aunque lo procura á cada paso; Lantenc, un buen señor vestido de Guillermo Tell, declamador, enfático, que se pone ronco pronunciando discursos terribles á un par de vendeanos; y este par de *caballeros vendeanos*, que representan la tremenda insurrección campesina, hablan con el mismo énfasis que el noble realista.

Micaela Flechard no se queda corta tampoco en esto de las alocuciones cursi-floridas, y, finalmente, Govin, la más hermosa encarnación del soldado republicano, está implacablemente falseado y ofendido.

Govin, Turena, según Fernández Shaw, es un capitancillo que se pasa la noche gimiendo y llorando; al principio es un necio, en la mitad de la obra un cobarde *que entra el último por la brecha*, al fin de la obra un miserable. Insulta y quiere pegar á una mujer; condena á muerte á Lantenac, y acaba por batirse con él en el calabozo. Govin, Turena, ó quien sea, es un insulto al personaje y al autor de la sublime epopeya francesa; aquel es un Govin juzgado por un conservador.

Y todo es indigno del talento de usted, señor Fernández, y es de petulancia absolutamente infeliz.

Todo esto, aparte de ser muy malo todo lo que ha hecho usted *sobre* Víctor Hugo.

Por hoy mi más sentido pésame al Carulla de *El noventa y tres*.

De la música no se aplaudió de veras mas que el terceto del primer acto.

De la compañía no se aplaudió á nadie, porque es detestable toda ella.

El Galitero.

El Globo

Gacetillas teatrales

PARISH

LOS HIJOS DEL BATALLÓN.—Zarzuela en tres actos, letra de Fernández Shaw, música del maestro Chapi.

Me acerqué al circo de la plaza del Rey, y á su alrededor hervía la muchedumbre; no crean ustedes que se trata de una metáfora; es que, como suena, hervía la multitud de puro quemada. ¡No encontrar billetes para ver una función y desear verla, es un suplicio que pone á prueba la paciencia de cualquier madrileño aficionado, como todos ó casi todos lo son, á divertirse!

Al través de aquella masa inquieta y numero-

sa pude ganar la puerta del coliseo; á fuerza de codazos atravesé la galería, y después de un reñido combate entré en la sala. El ancho circo estaba rebosante. En el graderío agolpábanse los concurrentes con los rostros encendidos por el calor y los ojos excitados con la curiosidad.

Fuí á ocupar mi butaca, y antes de llegar á ella me encontré con Cargánte, sujeto que todo lo sabe y todo lo comenta y todo lo juzga.

—¡Querido Juan Palomo! ¿Usted viene á hacer la crítica?

—Eh, amigo Cargánte. Yo no soy crítico, á Dios gracias, y procuro no meterme en pedanterías de once varas. Yo soy un gacetillero y vengo al estreño, para saber lo que el público opina y contárselo después á mis lectores.

—¿No ha estado usted en los ensayos?

—No, señor; no he estado. A mí me gusta conocer las obras cuando nacen, no cuando las están engendrando. Esos que andan por los ensayos y atisban y huelen para contar luego *lo que va á suceder*, son unos *destripacuentos* inaguantables.

—Pues yo casi me sé de memoria la obra. Verá usted el libro...

—Sí, ya sé; está inspirado en un episodio del *Noventa y tres*, de Víctor Hugo. Pero no me relate el argumento. No se parezca usted á esos apreciables colegas que rellenan sus gacetillas contándonos *lo que ocurre* en las obras teatrales, ni más ni menos que si se tratara del *suceso de anoche*.

—El autor del libro...

—Sí le conozco hace muchos años; desde que leyó por vez primera vez en el Ateneo. Entonces era el niño prodigio, con su cara infantil, sus ojos centelleantes, su inquietud nerviosa, recitando con bríos de hombre maduro versos sonoros, rotundos, arrebatadores. Ya ha crecido Carlos, ¡vaya si ha crecido! Y ahora es un autor dramático de los que saben dónde les aprietan los efectos y busca asuntos con perspicacia de lince, los desarrolla con maestría y *los habla* con arte.